Buscando un propósito en la Isla del Sentido Común

Un publicista a la deriva

Pedro Cabrera

GENTEDE IDEAS

Un publicista a la deriva

Buscando un propósito en la Isla del Sentido Común

PEDRO CABRERA

UN PUBLICISTA A LA DERIVA

Edición en español

Esta obra es de distribución libre.
Prohibido comercializarla.

Pedro Cabrera © Copyright

Diseño de portada y diagramación: Pedro Cabrera

Contacto con el autor:
www.consultaleapedro.com

Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, diciembre de 2024

Dedicado a mis hijos Mariano, Cristina y Agustín.

Para que aprendan que el trabajo no es todo en la vida.

Me equivoqué. Y mucho...

Espero sepan disculparme.

ÍNDICE

Prólogo por Mariano Cabrera Lanfranconi	9
La historia	11
Capítulo 1 / Bienvenidos a la Isla del Sentido Común	13
Capítulo 2 / El cangrejo científico y la Teoría del desorden	18
Capítulo 3 / El tucán chismoso y los secretos de la isla	24
Capítulo 4 / Una piedra con Maestría en Marketing	31
Capítulo 5 / El misterio del Submarino Amarillo	38
Capítulo 6 / La lugareña que se desmayaba cada un par de palabras	44
Capítulo 7 / Teresa, la hamburguesa burguesa	51
Capítulo 8 / El curandero albino y la sanación emocional	55
Capítulo 9 / El piloto de la *Gravia*	59
Capítulo 10 / El desafío del silencio	65
Capítulo 11 / Los chismes de tucán y la realidad de las redes sociales	68
Capítulo 12/ Los afiches del pasado	75
Capítulo 13 / El camino de regreso *(¿o no?)*	80
Capítulo 14 / El otro final	86
Capítulo 15 / 10 lecciones para quienes sienten que están a la deriva	90
Epílogo / El por qué de este libro: Mi encuentro con la posibilidad de morir	93

Prólogo

Cuando pienso en la vida de mi padre (Pedro Cabrera, autor del presente libro) la imagino como un viaje extraordinario, un trayecto que mezcla la creatividad, la dedicación y la pasión con un toque de rebeldía contra lo convencional, sumado a esa capacidad disruptiva que siempre tuvo él de mirar al mundo. Este libro, "Un publicista a la deriva", captura esa esencia de manera tan poderosa que me resulta imposible no sentirme parte de cada página, de cada reflexión y del poderoso mensaje que presenta este cuento.

Desde que tengo memoria, siempre he admirado esa chispa que tiene mi padre, esa chispa que ilumina a quienes tienen la suerte de cruzarse en su camino y de algún modo u otro dejarles alguna enseñanza. En este libro, él nos invita a explorar un mundo que me hizo sentir como la primera vez que leí "Alicia en el País de las Maravillas" de Lewis Carroll. Un universo donde cada personaje (uno más estrafalario que otro), cada situación e inclusive cada pensamiento, tiene algo que enseñarnos. Es un cuento para adultos que no sólo entretiene, sino que también desafía a replantearnos nuestra vida, nuestras decisiones y, sobre todo, nuestro propósito.

No hay que confundirse por su título, porque "Un publicista a la deriva" no es en sí una historia sobre publicidad. En sus páginas el lector descubrirá a personajes entrañables que representan distintos aspectos de la creatividad, del miedo al cambio y de la búsqueda constante de autenticidad. Encontrará situaciones que, aunque ficticias, resuenan profundamente con los desafíos reales de encontrar un propósito en un mundo lleno de ruido, distracciones y pérdida del sentido humano. Mi padre lo deja claro: no se trata de conformarse con una versión de uno mismo que no deseamos. Se trata de luchar, de cuestionar, de recordar siempre por qué hacemos lo que hacemos. Al final, es

un llamado a reconectar con aquello que hizo latir nuestro corazón y generó esa chispa que encendió la pasión en nuestras vidas. Me hizo reflexionar sobre mis propias elecciones, sobre el peso de seguir nuestras pasiones y sobre la importancia de no olvidarnos de lo que nos hace felices. Cada capítulo es una puerta a una lección nueva, a una historia que nos mantiene expectantes, deseando descubrir más y, al mismo tiempo, enfrentando preguntas que probablemente habíamos esquivado. No importa a qué te dediques o cuál sea tu contexto: aquí encontrarás una invitación a volver a conectar contigo mismo, con tu propósito y con la versión más auténtica de ti.

Este libro no es solo una historia; es también una autobiografía disfrazada de cuento. Es un reflejo de la vida de alguien que nos quiere dejar un mensaje claro y poderoso, y que nos ayuda a comprender que sea cual sea la edad que uno tenga, nunca es tarde para encontrar el camino, que quizás, alguna vez perdimos. O quizás, encontrar nuestro verdadero "yo".

Así que, querido lector, te invito a adentrarte en estas páginas con mente abierta y corazón dispuesto. Te aseguro que "Un publicista a la deriva" te hará sorprender, reír, reflexionar, y es muy probable que te conduzca a redescubrir una parte de ti que habías olvidado. Recuerda, nunca es tarde para volver a empezar, para reconectar con tu pasión y para convertirte en la mejor versión de ti mismo.

Con admiración y mucho orgullo.

Mariano Cabrera Lanfranconi

Cofundador de Grupo Hemisferios / Especialista en Marketing

Speaker internacional / Escritor & Blogger

La historia

Peter Goatherd estaba realmente agotado. Cansado del mundo de la publicidad, de las métricas, de los interminables emails y whatsapp a cualquier hora del día, y de los clientes que solo hablaban en términos de ROI, conversiones y *"engagement"*.

Con 65 años encima, numerosos premios a sus espaldas, más de 400 viajes en avión y 8.000 en taxis, tantos amores como desamores y tres bellos hijos, Peter no sabía si su vida había sido un cúmulo de éxitos o una sucesión de tropiezos en el camino de la creatividad publicitaria.

Su carrera había sido una montaña rusa de campañas brillantes y momentos de absoluta desesperación creativa. Peter había alcanzado la cima de su profesión, llenando auditorios cada vez que dictaba conferencias o participaba en congresos y formando talentos jóvenes en cada agencia donde trabajó.

Pero ahora, sentía que su oficio se había convertido en una ciencia exacta. Todo muy rígido, muy medible. Lo que antes encendía su chispa creativa, ahora se reducía a números y reportes de rendimiento a los cuales odiaba con todo su ser. *"La creatividad murió y fue reemplazada por una calculadora"*, solía murmurar con una mezcla de ironía y tristeza.

Fue en una de esas madrugadas interminables, tras más de doce horas de trabajo armando una presentación que ya parecía una tortura, cuando Peter se dio cuenta de que no podía seguir así. ¿De qué servían los premios, el reconocimiento o sus miles de seguidores en Linkedin, si ya no recordaba cuándo había sentido una genuina satisfacción por su trabajo?

La ruptura fue repentina. Salió casi escapando de su departamento en Miami y se dirigió a la agencia de viajes más cercana. Aún en traje y corbata, pidió lo que muchos considerarían una locura: Un boleto de ida, sin regreso, a cualquier isla remota. No importaba cuál ni dónde, tampoco el precio, y mucho menos si habría regreso. Solo quería escapar a un lugar donde las expectativas, las métricas y las aprobaciones no existieran, ni se sintieran como un dedo hurgando constantemente su trasero.

Así fue como terminó en la Isla del Sentido Común, un nombre que sonaba como una broma cruel para alguien que había pasado toda su vida en un entorno donde el sentido común era lo primero en desaparecer. Peter no sabía nada sobre esa isla, pero si sabía que nadie lo esperaría. Lanzó su teléfono celular al mar, le obsequió su reloj al conductor de la lancha, y no llevó nada más que su ropa de trabajo, el consabido maletín de cuero que siempre atesoraba ideas y un par de dólares arrugados. *"Al menos aquí, en este pequeño punto perdido en el océano, nadie espera nada de mí"*, pensó. Aquí podría reinventarse sin otra presión que la de encontrar un poco de paz en su propia mente. O eso creía.

Lo que Peter aún no sabía era que la Isla del Sentido Común no era el paraíso desierto que había imaginado. Pronto descubriría que entre su cansancio y búsqueda de respuestas, la isla estaba habitada por una serie de personajes muy singulares que desafiarían su mente y sentido de la realidad.

Con una última sonrisa irónica, Peter bajó de la lancha y pisó la arena. Sintió que había llegado al fin del mundo, pero también al comienzo de algo nuevo, algo que le haría cuestionar todo lo que alguna vez creyó saber. En la Isla del Sentido Común, sin imaginarlo, Peter se embarcaba en una verdadera aventura.

Capítulo 1

Bienvenidos a la Isla del Sentido Común

Peter Goatherd nunca imaginó que llegaría a un lugar tan surrealista como las creaciones de Dalí o coloridas como las de Peter Max. Desencantado de la publicidad, una actividad en la que había pasado más de cuatro décadas, decidió romper con todo. No hubo lágrimas ni despedidas elaboradas. Simplemente compró un boleto de ida y puso rumbo a un destino desconocido en el Pacífico: la Isla del Sentido Común. El viaje hasta allí fue más largo y accidentado de lo esperado. Primero fue el avión, después la avioneta y finalmente una lancha que lo dejó en un pequeño muelle de madera, con apenas unas tablas mal clavadas que se mecían con las olas. Mientras descendía, notó que no había ninguna persona en el muelle. La isla parecía desierta. La brisa cálida y el sonido de las olas le dieron la bienvenida, y sintiendo un leve escalofrío, Peter comprobó que estaba completamente solo.

-¡Perfecto! ¡Así es como lo quería!- murmuró para sí mismo, tratando de convencerse de que la soledad no lo afectaba. Siempre se había considerado un solitario, incluso rodeado de colegas y clientes, y estaba convencido de que este aislamiento sería su cura para el agotamiento de su vida en la ciudad.

El calor ya empezaba a incomodarlo y el traje ejecutivo que aún llevaba puesto se adhería a su cuerpo acentuando su sobrepeso. Con cada paso que daba en la arena, sentía el sudor acumulándose en la espalda. No llevaba ni cinco minutos en la isla y ya extrañaba el aire acondicionado de la oficina. Peter respiró profundo y observó a su alrededor. La vegetación se extendía en todas direcciones, espesa y misteriosa. No había rastro de civilización, solo un sendero angosto que se adentraba en la isla y perdía de vista a los pocos metros.

Mientras empezaba a avanzar hacia el interior de la isla, algo en el horizonte capturó su atención. A unos cientos de metros de la costa, una extraña figura amarilla se desplazaba entre las olas. Peter entrecerró los ojos, intentando

enfocar mejor. Era un submarino. Un submarino amarillo. Sintió que una parte de él se despertaba; era como si estuviera viendo una escena sacada de una de sus propias campañas, un detalle surrealista diseñado para captar la atención y provocar preguntas.

"¿Qué demonios...?", pensó, sin saber si debía sentirse intrigado o asustado. El submarino amarillo permanecía inmóvil, aparentemente observándolo, como si formara parte de una bienvenida bizarra que él no lograba comprender. Con un parpadeo y una risa nerviosa, Peter descartó el submarino como una ilusión óptica, y encogiéndose de hombros decidió ignorarlo. A fin de cuentas, estaba en busca de paz y sentido común, no quería saber de más símbolos y mensajes extravagantes.

Mientras caminaba, recordó los días previos a su partida. Había tenido éxito en el mundo publicitario, pero un éxito que sentía vacío, "creatividad" había sido la palabra clave de toda su carrera, pero en los últimos años esa creatividad se había casi perdido, subvalorada en el oficio, reemplazada por métricas, clics y conversiones. En algún momento, sin saber cuándo exactamente, la publicidad se convirtió en una industria de números, y Peter ya no encontraba ninguna inspiración en las interminables reuniones sobre presupuestos y resultados.

Con cada paso en la arena, sentía como si su pasado se desmoronara y dejara espacio para algo nuevo. Un espacio vacío, quizás, pero al menos un espacio libre de compromisos y expectativas. Ya había dejado atrás un par de matrimonios, tres hijos adultos que apenas hablaban con él, y una industria que ya no le daba lo que buscaba.

-Aquí nadie me conoce. Aquí puedo ser cualquiera o nadie- Listo, es lo que vine a buscar, ¿o no?

A pesar de la soledad inicial y el calor aplastante, los pies hinchados de caminar -algo que no hacía a menudo- una chispa de emoción comenzó a crecer dentro de él. Esta era su oportunidad de redescubrir algo, lo que sea que estuviera buscando. Sin embargo, había un pequeño problema: No había llevado agua, ni comida, ni tenía idea acerca de dónde estaba la "zona habitable" de la isla. El "Plan de Peter", si es que alguna vez hubo uno, comenzaba a parecer ridículamente improvisado. Prueba de ello es que abandonó su maletín, zapatos de cuero, corbata, cinturón… todo allí mismo, y se puso a caminar en bóxer y camisa arremangada.

Fue entonces cuando un leve sonido de la vegetación moviéndose llamó su atención. Sin saber qué esperar, Peter volvió su mirada hacia el espeso follaje, y lo que vio lo dejó perplejo. Un cangrejo gigante, con una apariencia extrañamente erudita, lo observaba desde la sombra de una palmera enana. El crustáceo movía sus pinzas de una manera casi hipnotizante, y sus ojos brillaban con un destello de inteligencia que Peter no recordaba haber visto siquiera en algunos de sus colegas más brillantes. Usando como siempre su imaginación, le preguntó:

-Oye, Don Cangrejo, ¿también vienes a buscar sentido común por estos remotos parajes?- Intentar conversar con un cangrejo no era algo que ocurría con frecuencia en su vida. Al menos en un mundo cuerdo.

Por supuesto, el cangrejo no respondió. Pero Peter sintió una conexión inexplicable con la criatura. De pronto, se dio cuenta de que en este ambiente sin juicios, hasta una conversación con un enorme cangrejo podía tener sentido. Peter rió para sí mismo. Quizás todo esto era una señal, pensó. Quizás la isla tenía su propio sentido común, uno que no se basaba en campañas publicitarias ni en métricas de rendimiento, sino en algo más primitivo, más simple.

El cangrejo, aparentemente aburrido de la presencia de Peter, comenzó a alejarse y Peter lo siguió instintivamente. Al adentrarse en el sendero, sintió que sus pensamientos, por primera vez en mucho tiempo, se calmaban. Había algo en esta isla, en su soledad y en sus sonidos naturales, que comenzaba a relajar su mente hiperactiva. Sin distracciones, sin deadlines, sin la presión de agradar a nadie, Peter comenzó a experimentar algo nuevo: el silencio. Y en ese silencio, aunque aún no lo entendiera, comenzaba a formarse la primera lección de su nueva vida en la Isla del Sentido Común.

Capítulo 2

El cangrejo científico y la Teoría del Desorden

Peter estaba convencido de que su llegada a la isla marcaba el inicio de su libertad. Sin embargo, en cuanto puso un pie en la arena, reconoció que comenzó a sentirse vigilado. Era una sensación extraña, casi como si el propio paisaje lo observase, evaluando si su presencia tenía algún propósito.

A lo lejos, cada vez que podía divisar el océano desde algún promontorio, el Submarino Amarillo permanecía inmóvil, una presencia silenciosa que parecía divertirse en su propio misterio. Peter pensó que era mejor ignorarlo, al menos por ahora. Luego, sin pausa, siguió caminando sobre la tibia arena, apartó un mechón de cabello de su frente y respiró profundamente. Sí… la isla tenía un aire cargado de humedad, pero al mismo tiempo, un aroma de vegetación fresca que le recordaba su infancia, cuando su abuelo lo llevaba a pasear por el campo.

Justo en ese momento, algo en la arena captó su atención. A escasos metros de donde estaba, apareció de nuevo el cangrejo rojizo (y ahora que lo veía bien era de un tamaño considerable, más bien enorme) y lo miraba fijamente. Sus ojos, que sobresalían como antenas de un curioso periscopio, tenían un brillo de inteligencia... o al menos, de juicio agudo. Peter lo observó, con una mezcla de incredulidad y curiosidad. Los segundos pasaban y el enorme cangrejo no apartaba la mirada.

-Oye, crustáceo cascarudo ¿Tú también eres parte de este circo?- preguntó Peter nuevamente al cangrejo, hablando más para sí mismo que para la rara criatura.

Para su sorpresa, el cangrejo no huyó ni se escondió en la arena como esperaba. En cambio, alzó una de sus pinzas con la calma de un profesor a punto de dar una lección magistral. Peter levantó una ceja, intrigado.

- Bienvenido, forastero- dijo el cangrejo en un tono que parecía una mezcla entre resignación y pedagogía.

Peter sintió una corriente de sorpresa recorriéndole la espalda. Se frotó los ojos, seguro que el cansancio y el calor le estaban jugando una mala pasada.

-¿Tú... hablas?- balbuceó, sin poder disimular el asombro.
- Hablo, pienso y aconsejo más de lo que la mayoría de los humanos podrían creer. Mi nombre es Sebastián, pero puedes llamarme "El cangrejo científico". Aquí todos me conocen así.

Peter soltó una carcajada. La situación era tan absurda que apenas podía procesarla. ¿Había huido de la publicidad, de la estructura rígida y de la lógica implacable, solo para terminar en una conversación filosófica con un crustáceo? Así que decidió seguirle el juego. Al fin y al cabo, si iba a perder la razón, al menos lo haría con estilo.

-Sebastián, el Cangrejo Científico. Perfecto. Entonces, dime Sebastián, ¿cuál es tu especialidad?
-El desorden- respondió el cangrejo con solemnidad- Soy un especialista en la Teoría del Desorden. El caos, el azar, lo inesperado... son mis dominios.

Peter lo miró con escepticismo. Si esto era un sueño, al menos era uno bastante entretenido.
-¿La teoría del desorden, eh?- Peter sonrió -Bueno, yo también vengo de un lugar donde el desorden es la norma. Se llama publicidad.

Sebastián soltó un chasquido con sus pinzas, como si estuviera impaciente por corregirlo.

-Ah, no. La publicidad no es desorden, amigo mío. La publicidad es un sistema donde el desorden ha sido sometido, manipulado y finalmente domesticado para vender productos y servicios. Lo que tú llamas creatividad es, en el fondo, solo una ilusión de caos. Pero en el fondo, te lo aseguro, todo está calculado.

Peter sintió un ligero pinchazo en el orgullo. Sebastián, un simple cangrejo, parecía comprender algo que él había pasado años ignorando.

-Entonces explícame, Maestro del Caos, ¿qué es el verdadero desorden?- replicó Peter con una mezcla de curiosidad y sarcasmo.

El cangrejo alzó una de sus pinzas hacia el cielo en un gesto dramático y dijo.
- El desorden verdadero es la ausencia de propósito, el arte de lo espontáneo. Es el ritmo de las olas, el azar de las corrientes. Nadie puede prever el caos, porque si se pudiera, dejaría de serlo.

Peter, acostumbrado a la lógica y al control de cada paso en sus campañas, sintió que algo en su mente comenzaba a cambiar. ¿Y si todo lo que él había valorado como creatividad no era más que una versión edulcorada y manipulada del desorden?

Luego, Sebastián se acomodó en la arena, como si supiera que la conversación apenas estaba comenzando.
-Los humanos, lamentablemente, tienen una fascinación insaciable por tener control de todo lo que tocan- continuó el cangrejo, reflexivo- Para ello, inventan sistemas, categorías, reglas y normas. Pero lo que realmente importa, lo que impulsa el universo, es el caos puro. Sin caos, no hay espacio para la verdadera creatividad. Solo hay repetición.

Peter no pudo evitar pensar en todos los años que había dedicado a sus campañas, en todas las investigaciones de mercado donde había desglosado el impacto de cada elemento. En ese momento, Sebastián estaba destrozando, pieza por pieza, su carrera.

-Entonces, ¿crees que todo mi trabajo fue en vano?- preguntó Peter, con una media sonrisa irónica.

Sebastián sacudió una pinza, negando con desdén.
-No fue en vano, Peter. Te hizo quien eres. Pero te alejó de lo esencial. La creatividad que tú buscabas, infectada de las métricas y los gráficos de resultados, terminaron convirtiéndola solo una sombra de lo que es el verdadero arte. Aquí, en esta isla, el caos es absoluto. Aquí, quizás puedas empezar a entender lo que significa crear de verdad.

La mirada de Peter se perdió en el horizonte, donde el Submarino Amarillo continuaba observándolo en silencio, como un espectador curioso. Durante años había pensado que su creatividad era genuina, que su ingenio era una forma de arte. Pero ahora, escuchando a un cangrejo hablar de caos y espontaneidad, no estaba tan seguro.

-Entonces, ¿qué hago ahora, Maestro del Caos?- preguntó Peter, ya sin una pizca de sarcasmo. Por primera vez en años, sentía una extraña mezcla de incertidumbre y emoción.

Sebastián movió sus pinzas con un gesto de despedida, lo más parecido a un saludo de adiós, como si la conversación hubiese terminado.
-Ahora, querido Peter, te adentrarás mucho más en la isla. Cada paso que des te llevará hacia lo inesperado. Aprende a no tener un plan. Aprende a vivir sin

un esquema. Y quizás, solo quizás, encuentres lo que estás buscando.

Peter miró al cangrejo, quien ya comenzaba a alejarse con pasos tranquilos hacia la jungla. Sin darse cuenta, sintió que algo en su interior comenzaba a desprenderse, como si sus antiguas ideas, firmemente arraigadas, estuvieran siendo desmanteladas. Peter se quedó solo y quieto durante un buen rato en el sendero sinuoso de la isla, sintiendo el eco de las palabras del "Cangrejo Científico" resonando en su mente.

No había guion, ni planificación, ni fechas de entrega de trabajos. Aquí estaba libre de las ataduras que lo habían limitado, libre para experimentar el caos de la vida en su forma más pura.

Y así, con una sonrisa irónica, Peter siguió caminando por el sendero de la desconocida jungla, dejando que el caos lo guiara en su nueva y extraña aventura...

Capítulo 3

El tucán chismoso y los secretos de la isla

Peter avanzaba por el estrecho sendero que se adentraba en la jungla, con las palabras del cangrejo científico aún reverberando en su mente. Cada paso que daba lo alejaba de la playa y lo sumergía en una espesura verde y vibrante que se extendía hacia lo desconocido. Se preguntaba si la Isla del Sentido Común sería realmente un lugar donde encontraría respuestas o si solo le ofrecía nuevos enigmas. El canto de los pájaros, el zumbido de los insectos y el susurro de las hojas al viento le resultaban extrañamente calmantes. Por primera vez en mucho tiempo, Peter sentía que podía dejar por un buen tiempo de sufrir *"El Síndrome de la Publicidad"*, un mal que afecta a los creativos y que los convence de que en cada lugar del planeta -aún estando de vacaciones y en familia- puede existir la posibilidad de crear un anuncio inolvidable o una campaña vendiendo algo. Aquí, el caos se sentía natural, y él estaba empezando a acostumbrarse a no controlar nada.

De repente, un sonido agudo y repetitivo llamó su atención. Parecía venir de una ramas de palmera sobre su cabeza. Miró hacia arriba y vio a un hermoso tucán colorido que lo miraba fijamente. El ave tenía una expresión que parecía curiosa y algo indiscreta.

-Mmm, ¿así que tú eres el publicista náufrago del que todos hablan?- dijo el tucán con una voz melodiosa y burlona.

Peter se detuvo en seco y alzó las cejas. Otro animal hablador. Definitivamente, esta isla era cualquier cosa menos común.

-Y tú eres, ¿el viejo loro del Pirata Morgan?- respondió Peter, sin saber muy bien cómo reaccionar. El tucán resopló, claramente ofendido.

- Aclaremos algo de entrada, evidente profano. Soy un tucán, por favor. Mi

plumaje es un arte en sí mismo. De loro no tengo ni un ápice. Y puedes llamarme Tico. Soy el informante de la isla, el que sabe todo sobre todos. Y tú, Peter Goatherd, ya tienes una reputación interesante.

Peter suspiró con tristeza. Apenas había llegado a la isla y ya sentía que todos sabían más sobre él... que él mismo. No pudo evitar sonreír con una mezcla de sorpresa y resignación.

-¿Qué clase de reputación?- preguntó.

El tucán sacudió sus plumas y bajó a una rama más cercana, como si estuviera a punto de contarle un secreto jugoso.

-Mira, aquí no se llega por casualidad, ¿entiendes? La Isla del Sentido Común solo atrae a quienes están en busca de algo, o de sí mismos, o de ambas cosas- Tico alzó el pico en señal de misterio- Así que dime, Peter, ¿qué andas buscando aquí? Porque todo el mundo tiene su teoría...

Peter lo miró con una mezcla de escepticismo y curiosidad. Estaba claro que Tico era "El chismoso de la isla", el que había convertido la información en una especie de moneda de cambio.

-¿Qué dicen en la isla que busco?- preguntó Peter, jugando con la idea de darle cuerda al tucán.

Tico rió con un sonido agudo y estridente.
-Algunos dicen que viniste a huir de tus propios errores, otros piensan que buscas inspiración, y hay quienes juran que estás aquí para encontrar algo que perdiste hace mucho.

El tucán se inclinó con el pico casi tocando el hombro de Peter- Y yo, de forma personal, creo que vienes a buscar libertad. La publicidad te la arrebató hace años, ¿no es así?

Peter sintió una punzada en el estómago. Las palabras de Tico resonaban más de lo que hubiera querido admitir. Había pasado décadas en una dinámica e intensa actividad creativa que le exigía reinventarse constantemente, pero en realidad nunca le dio la libertad que siempre buscó. Peter había creado para otros, para marcas, productos, servicios, inclusive para campañas políticas, pero rara vez para sí mismo.

-Libertad... interesante teoría, Tico- dijo, intentando sonar casual.

Tico alzó una ceja, o al menos hizo el gesto con su plumaje, y pareció sonreír, como si estuviera esperando ese momento para soltar una observación afilada.
-Lo que me intriga de ti, Peter, es que sabes venderlo todo, excepto a ti mismo. Has creado imágenes y frases, has vendido sueños y aspiraciones, pero ¿qué sabes de tu propio valor?

Peter sintió que el comentario le llegaba de forma casi personal, como si el tucán hubiera puesto el dedo en una herida que él mismo no sabía que tenía. En la jungla de la Isla del Sentido Común, sus logros y sus éxitos pasados parecían tan insignificantes como las hojas que crujían bajo sus pies.

-Digamos que no es lo mismo vender una marca que venderme a mí mismo- admitió, con un tono más honesto del que esperaba.

Tico asintió, satisfecho con la respuesta.
-Por eso estás aquí, querido publicista, estimado creativo. Porque aquí no hay

marcas ni productos. Solo eres tú, en carne y hueso, y todos tus secretos a la vista de quien quiera mirar. Y aquí todos miran. Así que, prepárate, Peter. La isla te enseñará lo que significa realmente ser visto.

Peter intentó cambiar de tema, sintiéndose expuesto bajo la mirada penetrante de Tico.

-Así que tú eres el chismoso oficial de la isla, ¿eh? ¿Quién te nombró a ti en ese cargo?- preguntó, con una sonrisa burlona.

Tico infló el pecho con orgullo.
-El cargo me lo gané, amigo. Aquí todos confían en mí para saber lo que ocurre en cada rincón. Porque el conocimiento es poder, y yo tengo mucho- y agregó- Además, aquí la vida es un teatro sin redes sociales, sin filtros, solo la verdad desnuda, o casi desnuda, porque algunos personajes de esta isla son más complicados de entender que otros.

Peter no pudo evitar reír. Había algo terriblemente divertido en la idea de un tucán chismoso que se dedicaba a relatar los secretos de una isla habitada por seres surrealistas. Era casi como estar en una versión tropical y más natural de Linkedin, donde algunos chismes, autobombos y rumores viajaban sin necesidad de algoritmos ni conexiones.

-¿Alguna historia interesante que quieras compartir?- preguntó Peter, sabiendo que Tico no podría resistirse a la tentación.

El tucán inclinó la cabeza, visiblemente emocionado por la pregunta.
-Te contaré una- comenzó Tico, bajando la voz hasta casi susurrar- Hay un piloto que viene todos los domingos a la isla. Dicen que transporta una fruta

especial, exótica… llamada *Gravia*. Dicen que tiene efectos bastante intensos, especialmente para los hombres.

Peter soltó una carcajada. No sabía qué era más divertido, el hecho de que una fruta pudiera tener efectos afrodisíacos o que Tico lo contara con tanto entusiasmo.

-¿Y qué más?- preguntó Peter intrigado.
- Ah, querido creativo, la isla tiene muchos secretos y algunos te sorprenderán más que otros. Pero si quieres enterarte de los detalles, tendrás que ganarte mi confianza. Aquí la información es como el oro y nada se da gratis.

Mientras hablaban, Peter no podía quitarse de la cabeza la figura del Submarino Amarillo que había visto hacía un par de horas cerca de la costa. Decidió preguntarle a Tico, quien sin duda tendría una teoría al respecto.

-Oye, Tico, ¿qué sabes del Submarino Amarillo que ronda cerca de la costa y parece que me persigue?

Los ojos de Tico se abrieron de par en par, como si el simple hecho de mencionar el submarino fuera un acto prohibido.

-Ah, el Submarino Amarillo...-susurró como si estuviera revelando un secreto que ni él mismo debía conocer- Nadie sabe realmente qué es, pero aparece de vez en cuando. Algunos dicen que trae recuerdos de otros tiempos, otros creen que está aquí para observar a los visitantes. Hay quienes aseguran que son Los Beatles en persona vigilando desde otro mundo. Yo, personalmente, creo que es un simple observador, un símbolo de algo que nunca comprenderemos por completo.

Peter asintió sin saber si reír o sentirse intrigado. La isla y sus habitantes parecían vivir en una realidad completamente diferente, una donde la lógica y la razón eran tan flexibles como los colores de las plumas de Tico.

Mientras Tico se despedía y regresaba a las ramas altas de las palmeras de la isla, Peter se quedó nuevamente solo caminando por el sendero, reflexionando sobre todo lo ocurrido.

Tenía que procesar muchas cosas en su cabeza.

Capítulo 4

Una piedra con Maestría en Marketing

Peter caminaba sumido en pensamientos contradictorios sobre lo que había experimentado hasta ahora en la isla. Las palabras de Tico, el tucán chismoso, resonaban en su mente: *"Aquí, todos ven tus secretos a simple vista"*
Él había dedicado su vida a crear imágenes, a moldear percepciones, pero aquí, en esta isla peculiar, no podía esconderse detrás de slogans ni campañas. Aquí era solo un hombre en busca de algo. Se sentía desnudo -bueno, casi lo estaba- y expuesto, vulnerable en una forma que no había experimentado desde hacía mucho tiempo. De pronto, un brillo en el suelo captó su atención. Bajo la sombra de un árbol robusto, algo pequeño y reluciente sobresalía entre las hojas. Una piedra, lisa y pulida, como si alguien la hubiera colocado allí a propósito. Algo así como un mojón o hito geográfico. Peter observó con curiosidad la piedra, y por alguna razón, sintió el impulso de recogerla. En el momento en que la tocó, una voz profunda resonó en su mente.

- Tienes manos fuertes, pero espíritu quebrado...

Peter dio un paso atrás, observando la piedra con incredulidad. ¿Otra conversación con un ser inanimado? La isla definitivamente estaba jugando con su sentido de la lógica.

-¿Y ahora tú también hablas?- murmuró, en un tono a mitad de camino entre la burla y la sorpresa.
- Hablar, sí. Aunque es lo único que me queda- respondió la piedra con voz serena y pausada, cargada de experiencia- Fui un gurú del marketing, un consultor exitoso, hasta que caí en mi propia trampa. Me convertí en esto, en una piedra sin más propósito que observar cómo otros pasan por el mismo camino que recorrí.

Peter la miró con escepticismo y simpatía. Sabía también lo que era estar

atrapado en el marketing -una disciplina que abrazó con pasión junto con la publicidad- pero quedar convertido en piedra parecía un destino particularmente cruel.

-¿Una maldición, entonces?- preguntó.
- Sí. Una bruja me transformó en piedra para que aprendiera a ser humilde, para que me viera a mí mismo desde afuera. Pensé que sabía todo sobre el mundo, sobre la gente, sobre las emociones... pero no sabía nada de mí mismo.

Peter sintió una punzada en el pecho. Había algo en la voz de la piedra que lo conmovía, algo que hablaba a las partes más frágiles y ocultas de sí mismo. Había pasado años, incluso décadas, en una carrera donde sus propias emociones quedaban siempre en segundo plano. Sus matrimonios fracasados, los días de cumpleaños de sus hijos que había postergado por reuniones de última hora, los amigos que había dejado de ver porque siempre había una campaña que atender.

-Supongo que todos terminamos sacrificando algo, ¿no?- susurró, más para sí mismo que para la piedra.

La piedra permaneció en silencio por un instante, como si estuviera contemplando su propia respuesta.
- El problema no es el sacrificio, respondió finalmente- Es olvidar por qué comenzaste a sacrificarlo todo en primer lugar. Cuando me di cuenta, ya era tarde. Tenía éxito, tenía dinero, tenía reconocimiento, pero había perdido mi humanidad. Mis amigos eran contactos de negocios, mis ideas eran solo herramientas de venta. Al final, ¿qué quedaba de mí? Una cáscara vacía. Y entonces... me convertí en piedra.

Peter sintió una mezcla de compasión y empatía. Cada palabra resonaba en él como una confesión que hubiera querido hacer en voz alta alguna vez, pero nunca tuvo el valor. Recordó a sus hijos, quienes ahora eran adultos y apenas hablaban con él. No los culpaba; había estado ausente en sus vidas, siempre postergando, siempre prometiendo que habría tiempo más adelante. Tiempo que, como ahora entendía, nunca había llegado.

Luego se dejó caer en la arena junto a la piedra, sintiendo el peso de sus propios errores. La imagen de su hija apareció en su mente. Recordó aquella vez en la que ella había preparado una pequeña fiesta sorpresa para su cumpleaños. Había decorado el comedor con globos y dibujos infantiles, esperando que él llegara temprano para celebrar juntos. Pero Peter nunca llegó; estaba atrapado en una reunión de última hora con un cliente importante. Para cuando regresó a casa, su hija ya estaba dormida, y la pequeña torta de cumpleaños había quedado intacta en la mesa. El peso de esa memoria se clavó en su pecho como una espina. Había intentado compensarlo después, llevándola a pasear o comprándole regalos, pero sabía que el daño ya estaba hecho. El tiempo perdido no se recupera, y las heridas que dejan los momentos ausentes tampoco desaparecen.

La piedra, como si pudiera leer sus pensamientos, habló en voz baja, casi como un susurro.
-Todos tenemos arrepentimientos, Peter. Todos tenemos esos momentos que nos persiguen, esas decisiones que quisiéramos haber tomado de otra manera. Pero, en el fondo, esos errores son parte de quienes somos. Sin ellos, no habría aprendizaje.

Peter cerró los ojos dejando que las palabras de la piedra lo reconfortaran. Había pasado toda su vida buscando éxito, sin darse cuenta de cuánto había

perdido en el proceso.

La piedra continuó, su voz ahora más serena y cálida.
- El marketing y la publicidad, el trabajo en general, todo eso tiene sentido, pero solo si no dejas que se convierta en el centro de tu vida. La verdadera creatividad, la verdadera conexión, solo se encuentran cuando te permites ser humano, cuando te permites errar y aprender de tus errores. Tal vez eso fue lo que me faltó. Tal vez eso es lo que necesitas encontrar tú ahora…

Peter sintió una lágrima escaparse por la comisura de su ojo. Era una emoción profunda, un arrepentimiento y una aceptación al mismo tiempo. Había llegado a la isla buscando algo, y en su interacción con esta piedra, estaba empezando a entender lo que tanto había evadido: La necesidad de redescubrir quién era en realidad, más allá del título de publicista o creativo, más allá de los premios y las campañas exitosas.

-¿Crees que aún hay tiempo para cambiar?- preguntó Peter, en voz baja, casi como un susurro de desesperanza.

La piedra guardó silencio por un momento, como si quisiera que Peter realmente escuchara sus propias palabras.

- El tiempo no tiene sentido aquí, en esta isla, ni en la vida en general. Cambiar no es una cuestión de tiempo, sino de voluntad. La pregunta es si estás dispuesto a hacerlo. Y esa respuesta solo la tienes tú.

Peter asintió, absorbiendo la enseñanza que le daba esta insólita fuente de sabiduría. Era como si la piedra le estuviera dando permiso para perdonarse, para soltar el peso de sus errores y abrirse a la posibilidad de una vida distinta.

Justo en ese momento, Peter levantó la vista hacia el horizonte y vio el océano azul e interminable, y allí, el Submarino Amarillo nuevamente, mucho más cerca esta vez de la playa. Parecía flotar serenamente, como si estuviera observando la escena con una especie de complicidad silenciosa. Peter no sabía si estaba imaginando cosas, pero sintió que el submarino lo estaba invitando a seguir explorando, a seguir caminando buscando respuestas. Era un símbolo extraño, sí, pero también era un recordatorio de que la vida siempre está llena de sorpresas y que el verdadero viaje está en el descubrimiento constante de uno mismo.

Peter se puso de pie y miró la piedra con una mezcla de gratitud y tristeza. Sabía que quizás nunca volvería a verla, pero las palabras de la piedra quedarían con él, grabadas en lo más profundo de su alma.

-Gracias, viejo amigo- dijo, inclinándose hacia la piedra- Gracias por ayudarme a ver más allá de lo que había visto hasta ahora.

La piedra guardó silencio, pero Peter pudo sentir su aprobación, como si hubiera cumplido su propósito en ese instante. Con una última mirada al horizonte, Peter comenzó a caminar, dejando atrás el peso de sus recuerdos y comenzando a aceptar, por primera vez, que el pasado no podía cambiarse, pero el futuro sí.

En ese momento, sintió que algo dentro de él se liberaba, como una hoja que cae suavemente al suelo, dejando atrás el árbol al que alguna vez estuvo unido. Había soltado una carga invisible, un peso emocional que llevaba consigo desde hacía años, sin darse cuenta de cuánto lo había limitado. Por primera vez, Peter caminaba sin la pesada mochila de los arrepentimientos, sintiendo que cada paso en la jungla era un paso hacia una versión más libre de sí mismo.

Mientras avanzaba, Peter miró de reojo hacia el horizonte, donde el Submarino Amarillo se había perdido en la distancia. Aunque la embarcación era un enigma, algo en su interior le decía que volvería a cruzarse con esa imagen misteriosa, que de alguna forma representaba algo mayor, un símbolo de conexión y descubrimiento que lo acompañaría en su búsqueda.

Ahora, el sendero frente a él parecía iluminarse con una claridad nueva. Ya no caminaba como un hombre atrapado en su pasado, sino como alguien que había comenzado a encontrar sentido en su propia historia, en sus propias elecciones. Sabía que el camino hacia la paz y el propósito verdadero apenas empezaba, pero ahora avanzaba con la certeza de que, aunque hubiera errores, estos no definían su valor ni su capacidad de cambiar y crecer.

Peter soltó un último suspiro profundo, permitiéndose sonreír. En silencio, se prometió a sí mismo recordar las palabras de la piedra y mantenerse fiel a la voz que recién había descubierto dentro de él.

Y así, en el corazón de la Isla del Sentido Común, Peter Goatherd dejó atrás su versión más pesada y dio el primer paso hacia una nueva vida, una vida construida no sobre el éxito externo, sino sobre la autenticidad y el amor propio.

Con esta renovada esperanza, Peter se adentró aún más en la jungla, sabiendo que, al final, él había encontrado en esa isla no solo respuestas, sino una brújula para el resto de su viaje personal.

Capítulo 5

El misterio del Submarino Amarillo

Peter continuaba su travesía a través de la Isla del Sentido Común, con los pensamientos y emociones del encuentro con la piedra gurú de marketing aún frescos en su mente. Cada paso lo alejaba más de su pasado y, de alguna forma, lo acercaba a una versión de sí mismo que apenas comenzaba a descubrir.

Mientras reflexionaba en uno de los puntos más altos de la desconcertante isla, pudo comprobar que a diferencia de las otras veces, el Submarino Amarillo ya no parecía solo una presencia distante y curiosa. Esta vez, anclado a metros de la costa, parecía estar allí para él.

Peter observó, sintiendo una mezcla de anticipación y desconcierto. ¿Por qué el submarino lo seguía? ¿Por qué aparecía siempre en momentos clave? Antes de que pudiera responderse estas preguntas, una figura emergió de la escotilla del vehículo acuático.

Era un hombre con cabello rizado y gafas redondas. Aunque su figura parecía apenas un reflejo de lo que alguna vez fue, Peter reconoció de inmediato y a lo lejos, el rostro de John Lennon. Su corazón dio un vuelco de sorpresa y emoción, y durante unos instantes no supo si estaba soñando, o si la isla realmente desafiaba todas las leyes de la lógica y la realidad.

John lo saludó desde el submarino, con una sonrisa cómplice que parecía traspasar los años y las dimensiones. El espíritu de John Lennon estaba aquí, en la isla, buscándolo. A Peter le tomó más de media descender corriendo hasta la playa. Jadeando y casi sin poder hablar, se metió en el agua y avanzó hasta unos metros del submarino.

-Peter Goatherd, el publicista náufrago- dijo John, su voz inconfundible resonando a pesar de la corta distancia- Ven, sube a bordo. Tenemos mucho de

qué hablar, ¿no lo crees, amigo?

Peter no lo pensó dos veces. Nadó unos pocos metros hacia el submarino, impulsado por una mezcla de curiosidad y emoción que no sentía desde hacía décadas. Era como si estuviera a punto de cumplir uno de los sueños más locos de su vida. Llegó al Submarino Amarillo y una cuerda descendió para ayudarlo a subir.

Cuando Peter subió al submarino y se adentró en su interior, el surrealismo de la escena lo dejó sin palabras. Allí estaban ellos, los Beatles, esperándolo. John, Paul, George y Ringo, en sus formas espectrales, se encontraban sentados en una pequeña mesa redonda, como si este tipo de encuentros fuera parte de su rutina. Paul lo saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa amigable.

-Bueno, al fin se nos dio verte en persona, Peter -dijo Paul- Llevamos tiempo siguiéndote, esperando el momento adecuado.

Peter, mojado y aún tratando de recuperar el aliento y la compostura, se sentó en una silla frente a ellos. Le alcanzaron una toalla…

-¿Me siguen?- preguntó Peter sin poder ocultar su asombro- ¿Por qué estarían interesados en un creativo viejo y cansado como yo?

George, con su característica serenidad, habló en tono bajo.

-No somos solo músicos, Peter. Somos creadores, y tú también lo eres. Creaste mensajes, ideas, imágenes que influenciaron a otros, igual que nosotros. El problema es que perdiste de vista por qué comenzaste a hacerlo, y eso es lo que queremos recordarte.

Peter sintió un nudo en la garganta. Estas figuras legendarias estaban allí, no para hablar de sus éxitos, sino para cuestionar sus intenciones y recordarle algo que él mismo había olvidado.

-Tú, al igual que nosotros, tienes un don, Peter- intervino Ringo, con una sonrisa melancólica- Un don para comunicar, para inspirar. Pero has perdido el camino y te estás ahogando en tus propios fracasos y arrepentimientos.

John, quien había permanecido en silencio observándolo con una mirada intensa, finalmente habló, su tono más señorial y personal.
- Peter, la razón por la que estamos aquí, siguiéndote en esta isla, es porque queremos darte una última oportunidad. Tú tienes la habilidad de hablarle al corazón de las personas, de conectar con ellas. Pero el problema es que has estado usando ese poder solo para vender, para llenar un vacío que ni siquiera sabías que tenías.

Peter sintió que esas palabras lo golpeaban en lo más profundo. Había pasado tantos años dedicándose a crear campañas y vender ideas, que había perdido la conexión con el verdadero propósito de su talento. Los Beatles, estos espíritus inmortales, habían venido para ayudarlo a redescubrirlo.

Paul asintió, como si comprendiera el conflicto interno de Peter.
-A veces, Peter, el mundo necesita más que publicidad. Necesita verdad, necesita autenticidad. Y tú tienes eso en ti, escondido bajo capas de escepticismo y desilusión.

La intensidad del momento provocó una oleada de emociones en Peter. Lloró en silencio, con vergüenza, mientras la realidad de su vida lo golpeaba como nunca antes. Estaba sentado frente a las figuras que lo habían inspirado en su

juventud, en un momento que parecía sacado de uno de sus propios sueños.

George le puso una mano en el hombro, su toque suave pero reconfortante.
-No te estamos juzgando, Peter. Nosotros también tuvimos nuestras dudas, nuestras peleas, nuestros propios caminos difíciles. Pero al final, aprendimos que nuestro verdadero poder estaba en el mensaje, en el arte que ofrecíamos al mundo.

Peter asintió, comprendiendo lo que le decían. No se trataba de cuántas campañas podía crear ni de cuántos clientes podía impresionar. Se trataba de lo que tenía dentro de sí mismo, del poder de crear algo auténtico y real.

Después de un silencio cargado de comprensión, John tomó la palabra una vez más.
-Peter, queremos pedirte algo. Queremos que uses tu don para algo más. Esta isla te ofrece una oportunidad, una segunda vida. Queremos que uses esta experiencia, este lugar, para descubrir tu propia voz. No la voz del publicista, sino la del hombre que alguna vez creyó en el poder de la creatividad para cambiar las cosas.

Peter se sintió sobrecogido. Nunca había pensado en su talento de esa forma. Siempre lo había visto como una herramienta para ganarse la vida, para lograr un éxito profesional. Pero en ese momento, rodeado por los Beatles, entendía que había algo mucho más profundo que podía hacer con él.

-¿Entonces, qué debo hacer?- preguntó, con una voz temblorosa.

Ringo sonrió y le dio una palmadita en la espalda.
-Tienes que encontrar tu propio mensaje, Peter. Algo que hable de ti, no de tus

clientes ni de sus productos. Algo que realmente provenga de tu corazón.

Luego, Peter se despidió de cada uno de ellos, sintiéndose más ligero que nunca, pero también consciente de la responsabilidad que ahora llevaba consigo.

Mientras salía del Submarino Amarillo y volvía a nadar hacia la costa, comprendía que su vida tenía un nuevo propósito. No se trataba solo de su carrera, sino de encontrar una voz auténtica, una voz que hablara de verdad.

El submarino comenzó a alejarse, volviendo a su lugar misterioso en el horizonte, y Peter se quedó sentado en la orilla, viendo cómo se desvanecía en el agua. Sabía que ese encuentro marcaría el resto de su tiempo en la isla.

Peter había regresado a la isla sintiendo algo que no experimentaba desde hacía años: esperanza. Ya no estaba perdido; ahora sabía que estaba en la isla para encontrar una verdad profunda y liberadora, una verdad que solo podía surgir cuando se desprendiera de todo lo que creía sobre sí mismo.

Con una última mirada al horizonte, Peter dio media vuelta y comenzó a caminar alrededor de la isla, transitó kilómetros de arena mientras el sol de la tarde iba dejando paso lentamente a la noche, listo para enfrentar lo que fuera necesario para descubrir quién era realmente.

Capítulo 6

La lugareña que se desmayaba cada un par de palabras

Después de su encuentro con los Beatles en el Submarino Amarillo, Peter sentía que algo dentro de él se había transformado. Había llegado a la isla buscando escapar, pero ahora sabía que estaba allí para encontrar. El peso de las palabras de los Beatles lo seguía mientras caminaba la costa de la isla, y aunque aún no tenía todas las respuestas, estaba decidido a descubrirlas, sin importar cuán profundo tuviera que buscar en su interior.

Mientras el sol comenzaba a descender en el horizonte, tiñendo la isla de un tono dorado, Peter seguía caminando, dejándose guiar por la intuición y por el ritmo de sus pensamientos, cuando de pronto, entre unas palmeras, divisó una figura femenina sentada en una roca, con su cabello negro suelto y una expresión absorta.

Era una joven hermosa, vestida con un sencillo vestido blanco de lino que contrastaba con el verde vibrante de la selva virgen de la isla. Había algo en ella que le resultaba familiar, aunque estaba seguro de que nunca la había visto antes.

-Disculpa... ¿te encuentras bien?- preguntó, con un tono amable y precavido.

La joven alzó la mirada, y sus ojos, grandes, oscuros y profundos, lo observaron con curiosidad. Con una sonrisa leve y tímida, comenzó a hablar, su voz suave era como un murmullo que flotaba en el aire.

-¡Hola! Soy Fabiola. Vivo aquí, en la isla. Siempre me ha gustado este lugar en especial... debajo de estas palmeras, sentada en una roca. Con la sinfonía de las olas rompiendo en la arena, una y otra vez. A veces vengo a pensar, y otras tantas a recordar... -sus palabras se cortaron abruptamente cuando, de repente, la joven cayó lentamente hacia un lado, como si alguien hubiera apagado un

interruptor. Peter dio un paso atrás, asustado e incrédulo al ver cómo Fabiola se desmayaba, sin previo aviso y caía en la arena. Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar, ella abrió los ojos, como si nada hubiera pasado, y volvió a sonreírle, levemente confundida pero como si continuara con la conversación.

- Disculpa... esto suele pasarme. Soy Fabiola, como te dije. Y cada tanto, si hablo demasiado... pues, me desmayo.

Peter quedó boquiabierto. La situación era tan insólita y cómica que no pudo evitar sonreír. La muchacha era un enigma que no terminaba de comprender, pero había algo en ella que lo intrigaba profundamente. Su presencia parecía tan inocente y etérea, como si fuera un espíritu atrapado entre el mundo de los vivos y un reino desconocido. En especial, el reino de la oscuridad… de la noche.

-Es... es un placer conocerte, Fabiola- respondió, intentando contener su risa- Yo soy Peter, el publicista náufrago, o eso dicen.

Fabiola lo observó con una mezcla de curiosidad y ternura.

-Un publicista, eso suena importante- dijo, manteniendo su atención fija en él- Dime, ¿alguna vez te han hablado de los...?

Y entonces, volvió a desmayarse. Esta vez, Peter no retrocedió, sino que se agachó a su lado y esperó pacientemente hasta que Fabiola volviera a abrir los ojos, cosa que sucedió a los pocos segundos. Cuando despertó, lo miró con una expresión entre divertida y apenada.

-Lo siento... esto debe parecerte muy extraño- dijo, sonrojándose levemente- A

veces tengo tanto que decir, tantas cosas que contar, pero nunca logro terminar. Es como si mi cuerpo no pudiera soportar tantas palabras.

Peter la escuchaba, fascinado y conmovido. Había algo en la joven mujer que despertaba en él un instinto protector, una empatía que no había sentido en mucho tiempo. Sus relaciones fallidas, el posterior daño de una pareja demente y despechada que se encargó de propagar sorprendentes mentiras para cubrir sus andadas, el sexo sin amor... todo eso lo había dejado con una coraza emocional a prueba de misiles, pero esta lugareña de actitud inocente, con su peculiar condición, parecía traspasar esas barreras.

Mientras continuaban conversando (o más bien, mientras Fabiola hablaba en intervalos durante sus repentinos desmayos), Peter comenzó a recordar lo que una vez había sido para él la idea del amor. El amor que había creído experimentar en sus matrimonios, el amor que había perdido de vista en su carrera y en sus obligaciones. La joven, con su vulnerabilidad y franqueza, lo hacía reflexionar sobre todas las veces que había dejado pasar oportunidades de conectar realmente con las personas que había amado.

Mientras recuperaba el sentido de su último desmayo, ella lo miró con una sonrisa suave, como si pudiera leer sus pensamientos.
- ¿Sabes, Peter? A veces siento que las palabras se quedan cortas. Que aunque hablara mil palabras seguidas sin desmayarme, nunca podría decir lo que siento- dijo con su voz quebrándose ligeramente.

Peter sintió un nudo en la garganta. Había pasado tanto tiempo vendiendo palabras, construyendo imágenes y emociones para otros, que había olvidado lo que significaba realmente expresar algo desde lo más profundo.
-Creo que entiendo lo que dices- respondió Peter en un tono serio- Yo también

he usado muchas palabras en mi vida, he construido discursos y creado ideas para miles de personas. Pero ahora, aquí, siento que todas esas palabras no valen nada si no pueden decir lo que llevo en el corazón.

Fabiola lo observó, y por un momento, Peter sintió una conexión tan profunda que casi lo asustó. Ella era alguien que, en su fragilidad, le mostraba un espejo de lo que él mismo había perdido en el camino.

-A veces, las palabras son una prisión- dijo la joven con un tono suave- Como si quisiéramos expresarlo todo, pero nos quedamos atrapados en ellas, sin poder escapar. Y al final, solo nos queda el silencio...

Peter la miró con ternura y decidió que, aunque no la conociera, había algo en ella que lo hacía querer abrirse y compartir sus propias heridas.

- ¿Sabes, Fabiola? En mi vida hubo personas a quienes amé profundamente, pero nunca supe cómo decirles lo que sentía. Conocí la diferencia entre las buenas y malas personas. Sufrí mucho en su momento. Así que me aferré a mi carrera, a mi trabajo, y poco a poco, el amor se volvió algo secundario. Solo una palabra más entre muchas.

Fabiola lo miró con una expresión de comprensión y, de repente, comenzó a hablar con una voz suave y llena de emoción.

-Peter, yo... también he amado. Quizás es algo que nunca le he dicho a nadie, y tal vez eso es lo que me hace desmayarme. Pero quiero que sepas que el amor es algo que nunca se pierde realmente. Se queda dentro de nosotros, esperando a que estemos listos para abrirnos a él.

Peter sintió que sus ojos se cargaban de lágrimas. Esta conversación con Fabiola, con su sencillez y sinceridad, le estaba revelando una verdad que había enterrado en lo profundo de su ser: El amor es lo único que perdura, incluso cuando todo lo demás se desvanece. Sintió una conexión inesperada y pura, como hacía mucho tiempo no experimentaba.

En ese momento, la joven abrió los ojos, recuperándose del último desmayo, y miró a Peter con una mezcla de dulzura y deseo. Sin saber cómo, Peter sintió que el impulso era mutuo, que no necesitaban palabras. Lentamente, se inclinó hacia ella, y cuando sus labios se encontraron, sintió una calidez y una intensidad que no recordaba haber sentido en años. Fue un beso profundo y apasionado, lleno de todas las emociones que no habían expresado, de las palabras que quedaban en el aire.

En los labios de Fabiola, Peter encontró no solo la suavidad de un beso, sino la intensidad de todos aquellos besos de amor y pasión que había dado en su vida. Era como si, por un instante, se conectara con cada momento en que había amado y había sido amado, y algo dentro de él, por fin, se liberaba.

Se separaron lentamente, y ella lo miró con una sonrisa suave, como si también comprendiera el poder de ese beso.
-Recuerda, Peter, el amor no necesita palabras. Solo necesita que estemos dispuestos a abrir el corazón- susurró con una ternura que lo conmovió profundamente.

Sin previo aviso, volvió a desmayarse, dejándolo allí, solo con el eco de sus palabras y el recuerdo de su beso.

Peter la observó, sintiendo que había experimentado algo mucho más profundo

de lo que había esperado al llegar a la isla.

Mientras Fabiola permanecía inconsciente, Peter decidió que debía continuar su viaje, pero no sin antes agradecerle por haberle mostrado algo tan esencial, algo que él había olvidado.

Con una última mirada, Peter se despidió en silencio y continuó caminando de noche por la costa. Sabía que esta experiencia con ella había tocado algo en su alma, algo que aún no comprendía completamente, pero que ya había comenzado a transformar su forma de ver el mundo. Quizás, con verdadero amor.

Capítulo 7

Teresa, la hamburguesa burguesa

El ocaso pintaba el cielo con tonos de naranja y rosa mientras Peter caminaba por la playa, absorto en sus pensamientos. La brisa marina acariciaba su rostro, pero su mente estaba ocupada con una preocupación mundana: ¿qué cenaría esa noche? Su estómago rugía como un león hambriento y desconocía si los pocos dólares que portaba servían de algo en tan alocado territorio flotando en el mar.

De repente, un aroma irresistible a carne a la parrilla y pan recién horneado llenó el aire. Peter siguió el rastro olfativo hasta llegar a un claro entre las palmeras, donde para su asombro encontró una hamburguesa gigantesca sentada en un trono de hojas de palma. Tenía un aspecto regio: su pan dorado y esponjoso estaba coronado con semillas de sésamo, y su jugosa carne asomaba entre hojas de lechuga y rodajas de tomate perfectamente acomodadas.

-¡Bienvenido, querido publicista!- dijo la hamburguesa con una voz refinada, casi aristocrática- Soy Teresa, la hamburguesa burguesa.

Peter parpadeó incrédulo. Otro personaje extraño se sumaba a su travesía.

- ¿Estás hablando? Ya no me asombra nada en esta isla- logró decir, mientras su mente trataba de procesar la escena.

-Por supuesto que hablo y canto jingles que seducen a grandes y chicos. No solo eso, también pienso y reflexiono. Pero no te preocupes ni te alegres, no estoy aquí para alimentarte, al menos no en el sentido literal. Mi propósito es más elevado. ¡Toma asiento, querido Peter!

Atrapado entre la curiosidad y el hambre, se sentó en una roca cercana. Teresa lo observó con sus "ojos" hechos de rodajas de aceituna negra.

-Tu rostro refleja angustia y cansancio- continuó Teresa- Eres un hombre cargado de expectativas ajenas, Peter. Yo también fui así alguna vez. Nací en la alta cocina, rodeada de trufas y caviar. Toda una burguesa. Pero un día, mientras reposaba en un plato de porcelana adornado con oro, me di cuenta de que la vida no era solo apariencias.

Peter no pudo evitar sonreír ante la idea de una hamburguesa filosófica.

-¿Y qué hiciste?- preguntó, intrigado.
- Abandoné la pomposidad y me sumergí en las enseñanzas de Diógenes- dijo Teresa, con un tono solemne- Él decía que los dioses dieron al hombre una vida sencilla, pero éste insiste en complicarla. Aprendí que la verdadera sabiduría está en liberarse de las cargas innecesarias. Y tú, Peter, llevas demasiadas.

-¿Cargas?- repitió Peter, sintiéndose desnudo ante las palabras de Teresa.
-Expectativas, remordimientos, la obsesiva búsqueda de la perfección. ¡Todo eso te ata! Mira a tu alrededor, estás en la Isla del Sentido Común. Este lugar no demanda nada de ti, excepto que seas tú mismo.

Peter bajó la mirada, reflexionando. Había dedicado su vida a impresionar, a cumplir metas impuestas por otros, olvidando lo que realmente deseaba.

-¿Cómo se supone que me libere?- preguntó con voz apagada.

Teresa se acomodó en su trono de hojas y respondió:
-Deja de intentar agradar a todos. Aprende a decir *"no"*. Despréndete de lo que no necesitas y abraza lo que realmente importa. ¿Sabías que la templanza es la sabiduría de los hombres, el consuelo de los viejos, la riqueza de los pobres y

el ornamento de los ricos?

Peter asintió lentamente. Las palabras de Teresa tenían sentido. Había llegado a la isla para encontrar paz, pero seguía cargando con su antiguo equipaje emocional.

-Tienes razón- admitió- He pasado tanto tiempo tratando de ser lo que los demás esperan que olvidé cómo ser yo mismo.

-Es un buen primer paso- dijo Teresa, con una sonrisa- Ahora, ve y libera tu mente. La simplicidad es el mayor de los lujos, querido Peter. Y recuerda: La verdadera satisfacción no está en lo que posees, sino en lo que eres.

Peter se levantó, sintiéndose más ligero, como si una parte de su carga hubiera desaparecido. Miró a Teresa con gratitud y respeto.

-Gracias, Teresa. Nunca olvidaré esta conversación… por más insólita que haya sido.

Teresa hizo una pequeña reverencia, como si despidiera a un viejo amigo.
-Adelante, Peter. El sentido común no es tan común como parece, pero tú estás en el camino correcto.

Peter retomó su caminata por la playa, con el ocaso reflejándose en sus ojos y una nueva perspectiva en su corazón. La Isla del Sentido Común había vuelto a sorprenderlo, y sabía que ese encuentro con Teresa era solo el comienzo de más revelaciones por venir.

Capítulo 8

El curandero albino y la sanación emocional

Peter avanzaba por la costa iluminado por un cielo tapizado de grandes estrellas, áun perdido en sus pensamientos sobre aquella extraña mujer de la isla y la emotiva experiencia que había compartido con ella. Sin embargo, había ocurrido algo por demás extraño. Pese a que no había cenado nada, siquiera un bocado, la reunión con Teresa, la hamburguesa burguesa, había saciado mágicamente su apetito.

Ahora, cada paso que daba parecía llevarlo más profundamente hacia una parte de su mente que había intentado evitar: el dolor de sus fracasos, de sus pérdidas, de las oportunidades que había dejado escapar. Fue en ese momento cuando divisó un pequeño campamento iluminado en un claro de la jungla aledaña a la costa. Lentamente se acercó, y pudo observar a un hombre albino de cabello largo y barba blanca, el cual se encontraba mezclando hierbas en un cuenco de madera.

-Bienvenido, amigo- dijo el hombre sin mirarlo directamente, como si ya supiera de su llegada- Soy Lito, el curandero de la isla. Te estaba esperando...

Peter, sorprendido, observó al hombre con curiosidad. Lito irradiaba una calma sorprendente, como si llevara consigo la sabiduría de una vida basada en la introspección y meditación trascendental.

-Ven, siéntate. Puedo ver que llevas un peso en tu corazón. Hoy es una buena noche para soltarlo- dijo Lito, señalando un banco de madera frente a él. Peter se sentó y Lito le ofreció un cuenco con una bebida espesa y de olor fuerte. Peter dudó un instante, pero luego, en un acto de fe y cortesía, bebió. La mezcla tenía un sabor amargo, pero al instante sintió una calidez que le recorrió el cuerpo, como si una energía calmante se estuviera apoderando de él. -Cierra los ojos y piensa en tu pasado, en todo lo que llevas dentro y nunca has

dejado salir- dijo Lito con voz suave y firme.

Peter cerró los ojos, y las imágenes comenzaron a surgir en su mente: Los recuerdos de su infancia, de su juventud, los años dedicados a su carrera, las noches de insomnio y las promesas rotas. Los rostros de sus hijos aparecieron frente a él, y sintió una punzada de tristeza al recordar las veces que los había decepcionado.

-He sido un hombre egoísta, Lito. Pensé que el éxito era todo y dejé que se interpusiera entre mí y los que amaba- confesó Peter con la voz temblorosa.

Lito acarició su barba blanca y lo observó en silencio, permitiéndole desahogarse sin juzgarlo.

-El éxito puede ser una ilusión peligrosa, amigo- respondió Lito, finalmente- Nos hace olvidar las cosas simples, las conexiones humanas, el amor. Pero aquí, tienes la oportunidad de sanar. De soltar esos arrepentimientos y empezar de nuevo, libre de todo aquello que te ata.

Peter respiró profundamente, dejando que los pesares de su alma y lágrimas cayeran libremente. Sentía que cada lágrima limpiaba una herida antigua, que el peso que había cargado por años se aligeraba poco a poco. Lito colocó una mano en su hombro, un gesto de compasión y apoyo.

-Recuerda, Peter, el pasado no se puede cambiar, pero el presente es un lienzo en blanco. Puedes elegir pintarlo con nuevos colores.

Peter asintió, sintiendo una paz que no recordaba haber experimentado. Sabía que estaba en el camino correcto, que finalmente estaba enfrentando sus

propias sombras, y que Lito había sido la guía que necesitaba en ese momento crucial. No fueron horas de diálogo, reflexiones e introspección. Bastaron minutos para dilucidar acerca de momentos que atormentaban su pasada vida, y que ahora había que gritarles *¡BASTA!* desde lo más profundo de su efímera existencia.

Capítulo 9

El piloto de la *Gravia*

Peter pasó la noche recostado al lado de una fogata que Lino había preparado para su encuentro. Al día siguiente, se dirigió hacia una pequeña pista de aterrizaje de la isla -Lito se la había mencionado- intrigado por las historias que había escuchado acerca del misterioso piloto que venía cada semana a cargar flores azules de un extraño cultivo llamado *Gravia*. Mientras avanzaba hacia la improvisada pista, rodeado de exuberante vegetación, el sonido de un motor se hizo cada vez más fuerte hasta que una vieja avioneta surgió entre las nubes, para finalmente aterrizar con gracia en la pista.

Un hombre alto y musculoso, con el cabello canoso y una sonrisa tan amplia como misteriosa, bajó de la avioneta. Peter lo miró con curiosidad mientras el hombre recogía varias cajas de diferentes tamaños que llevaban un rótulo colorido escrito a mano y con letras doradas: *"GRAVIA"*.

-¡Peter! ¡El publicista náufrago de la Isla del Sentido Común!- exclamó el piloto al verlo- Me llamo Lucas, transportador oficial de *Gravia*. ¡Una sustancia casi mítica y mística en este lugar!

Peter estrechó su mano y sonrió intrigado por el entusiasmo de Lucas.

¿*Gravia*? He escuchado algunos rumores, pero... ¿qué es exactamente? Tengo la sospecha que del otro del mundo existe algo igual o parecido...

Lucas guiñó un ojo y sacó de su bolsillo una pequeña cápsula de color azul brillante, sosteniéndola en la palma de su mano como si fuera un tesoro.
-*Gravia*, Peter, es un "recurso esencial". Llámalo un cultivo afrodisíaco, un potenciador... una ayuda para la procreación en su estado más sublime- dijo Lucas, riendo- Este pequeño milagro es fundamental para la supervivencia de los Demetrios.

Peter frunció el ceño, aún más confundido.
-¿Los Demetrios? ¿Quiénes son?
-Ah, ¿todavía no los conociste?. Es que son esquivos a los visitantes de la isla. Los Demetrios son tribu única y en extinción en el mundo, amigo. ¡Son los enanos más grandes de todos!- respondió Lucas, extendiendo sus brazos como si intentara describir la estatura y la presencia de los Demetrios- ¡De pequeña estatura, sí, pero con corazones gigantes y una necesidad de... digamos, perpetuar la especie!

Peter se echó a reír, sin poder contener la extrañeza y el humor que le producía la situación.
-Entonces... ¿la *Gravia* es para ellos? ¿Un afrodisíaco para la tribu de los enanos más grandes del mundo?- preguntó Peter, incrédulo.

Lucas asintió, con una mirada que parecía contener mil historias.
-Exacto. La *Gravia* es para ellos, resulta clave para su supervivencia, por eso la cultivan. Y el excedente lo venden al Nuevo Mundo, a nosotros. Los Demetrios han vivido aquí durante generaciones, pero su número ha comenzado a disminuir- explicó Lucas, con un tono dramático- Así que llegué con la misión de ayudarlos a revivir su linaje, generar este comercio ida y vuelta, que les deja ingresos importantes en efectivo, y porque si no... esta isla perdería un tesoro invaluable.

Peter lo escuchaba, fascinado por lo increíble de la historia. Lucas, mientras tanto, le ofrecía una cápsula de *Gravia*, mirándolo con una mezcla de picardía y seriedad.
-Toma, Peter. No me manejo solo con la *Gravia* de los Demetrios, ¿sabes? No son mi público exclusivo. A veces los visitantes también necesitan un poco de ayuda para... recuperar la pasión- dijo guiñando un ojo y mostrándome la

cápsula azul- En tu caso, podría ayudarte a encontrar ese anhelado "encuentro completo", ese que va desde la mente hasta, digamos, el ombligo hacia abajo.

Peter se echó a reír, sin saber si Lucas estaba bromeando o hablando en serio.
-¿Estás insinuando que entonces necesito la *Gravia* para completar mi búsqueda?- preguntó, divertido.

Lucas levantó una ceja y asintió, adoptando un tono más serio.
-Claro que sí, Peter. La búsqueda del sentido de la vida no es solo una cosa de la mente y del corazón. Es también del cuerpo, del deseo, de la pasión que nos recuerda que estamos vivos. A veces creemos que el equilibrio está en el pensamiento profundo, en la reflexión, pero la vida también está en los impulsos, en lo que hace vibrar nuestro ser completo. Y guste o no, allí aparece el sexo. El sexo con amor, obvio, la fórmula más explosiva del planeta.

Peter lo miró, intentando contener la risa ante la solemnidad de Lucas.
-¿Quieres decir que mi viaje espiritual incluye una cápsula de *Gravia*?-dijo Peter, con sarcasmo.
-Exacto, amigo mío- respondió Lucas, sin perder su tono serio- Esta isla tiene sus misterios, pero yo te aseguro que el sentido de la vida está en aceptar todos los aspectos de la existencia. Los Demetrios entienden eso mejor que nadie, y por eso celebran cada nuevo nacimiento con el corazón lleno de gratitud y alegría. ¡Tienen un equilibrio que muchos buscan y pocos encuentran! Y tú... tú también podrías beneficiarte de ese equilibrio. Recuerda: Mente clara y pasión viva.

Peter observó la cápsula azul brillante en su mano, sintiendo una mezcla de escepticismo y curiosidad.
-¿Crees que una cápsula puede realmente hacer tanto? —preguntó, sin estar

seguro de si Lucas estaba bromeando o hablando en serio.
-Peter, esta cápsula es un recordatorio de que todo en la vida necesita pasión, intensidad, "piel" dicen algunos poetas. Nos olvidamos de eso mientras envejecemos, nos volvemos prudentes, calculadores, fríos como un témpano... olvidamos que la pasión es lo que nos hace sentir verdaderamente vivos- dijo Lucas, con una sonrisa misteriosa- No estoy diciendo que la *Gravia* tenga poderes mágicos, pero sí puede ser una chispa, un impulso para que recuerdes lo que llevas dentro.

Lucas le relató la historia de los Demetrios con un tono de reverencia. Era una tribu pequeña en tamaño- se estimaba que la mayoría medía medio metro- pero enorme en espíritu, conocidos por su humor, su valentía y su pasión por la vida, los Demetrios valoraban el amor en todas sus formas. Sin embargo, con los años, su número había disminuido. Con el objetivo de ayudarles a mantener su linaje, Lucas había asumido la misión de recoger la *Gravia*, devolvérselas industrializada, asegurándose de esta forma, que la chispa de la pasión siguiera viva entre ellos.

-¿Y ellos están de acuerdo con esto?- preguntó Peter, fascinado por la historia.
-Claro que sí- respondió Lucas, riendo- Los Demetrios celebran cada nuevo nacimiento con una fiesta que dura días. Saben que la vida es breve y, por eso, quieren vivirla intensamente. La *Gravia* les ayuda a recordar que cada momento cuenta, que el amor y el deseo son tan importantes como la sabiduría y la reflexión.

Peter observó la cápsula azul en su mano, pensando en todo lo que Lucas había dicho. Su vida había estado dominada por la mente, por la búsqueda de éxito, reconocimiento y logros. Sin embargo, ahora entendía que la pasión, la conexión y el deseo eran también partes esenciales de la experiencia humana.

-¿Y tú, Lucas? ¿Cuál es tu búsqueda?- preguntó Peter, curioso.

Lucas lo miró con una sonrisa repleta de secretos.
-Mi búsqueda es simple, Peter: Llevar la chispa de la vida a donde sea necesario. Quizás, para algunos, eso signifique una cápsula de *Gravia*, para otros, una palabra de aliento o una historia que inspire. Todos tenemos una chispa dentro, pero a veces necesitamos una pequeña ayuda para encenderla.

Peter sintió una oleada de comprensión. Lucas no era solo un piloto; era un mensajero de vida, un recordatorio de que la existencia es mucho más rica cuando abrazamos todos sus aspectos, desde la mente hasta el corazón y, sí, también el cuerpo.

Mientras Lucas subía a la avioneta para continuar su viaje, Peter miró la cápsula de *Gravia* una última vez y la guardó en el bolsillo, sonriendo ante la idea de que, quizás, esa chispa de pasión también formaba parte de su búsqueda en la Isla del Sentido Común.

Con una mezcla de humor y gratitud, Peter continuó su camino por un nuevo sendero que descubrió en la isla, sintiendo que cada paso lo llevaba más cerca de comprender el sentido completo de la vida.

Capítulo 10

El desafío del silencio

Inspirado por su encuentro con Lucas, Peter decidió aceptar un desafío que el cangrejo científico le había propuesto días antes: Pasar un día completo en silencio, sin palabras ni distracciones, solo él y sus pensamientos.

El día comenzó incómodo. Peter sentía la necesidad de llenar el vacío, de hablar, de hacer algo que ocupara su mente. Miraba el horizonte, daba pasos inquietos y tarareaba canciones en su mente, buscando cualquier forma de evadir el silencio absoluto. Pero el desafío era claro: nada de palabras, ni siquiera para él mismo.

A medida que avanzaban las horas, Peter comenzó a adaptarse. Caminó por un nuevo sendero, dejando que sus pies lo guiaran sin rumbo fijo. Las hojas crujían bajo sus pasos, el viento susurraba entre las ramas y el murmullo del mar se convertía en una melodía constante. Poco a poco, el silencio externo se transformó en un puente hacia su propio interior.

Descendió a la playa, donde se sentó frente al mar. Observó cómo las olas llegaban y se retiraban, en un ciclo eterno que parecía reflejar la propia naturaleza de la vida. Ahí, en ese instante, comenzó a escuchar sus pensamientos de una manera nueva. No eran los gritos caóticos de sus preocupaciones habituales, sino un murmullo suave y claro. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió simplemente ser.

Reflexionó sobre su vida, sus miedos, sus logros y las expectativas que había cargado como un peso innecesario. Se dio cuenta de que muchas de las cosas que creía que lo definían no eran más que ilusiones, capas que había acumulado con los años para complacer a otros o protegerse del mundo. En el fondo, Peter era alguien simple, alguien que buscaba paz y un propósito más profundo.

Cuando el sol comenzó a descender y el cielo se tiñó de colores cálidos, Peter sintió una conexión profunda con el momento presente. En el silencio había encontrado una verdad esencial: No necesitaba palabras ni distracciones para sentirse pleno. La quietud le había mostrado que la felicidad no estaba en el ruido de la vida cotidiana, sino en los pequeños momentos de autenticidad y conexión consigo mismo.

Esa noche, cuando finalmente terminó su día de silencio, Peter se acostó en la arena e improvisó un refugio con las ramas y hojas que encontró cerca. Luego, miró el cielo estrellado, más brillante que nunca, y sintió una claridad renovada.

-Gracias, Sebastián- murmuró para sí mismo, rompiendo el silencio con una sonrisa suave- Este día fue el regalo que no sabía que necesitaba.

Con el corazón ligero y una mente más tranquila, Peter se acostó bajo las estrellas, listo para enfrentar lo que la Isla del Sentido Común le tuviera preparado para el día siguiente.

Capítulo 11

Los chismes del tucán y la realidad en las redes sociales

Al día siguiente, Peter, sintiéndose algo más liviano tras sus experiencias en la isla, escuchó un sonido familiar y singular desde la jungla: El característico graznido de Tico, el tucán chismoso. Apenas se acercó, Tico, que estaba posado en una rama baja, lo recibió con entusiasmo.

-¡Ah, Peter, el publicista! Justo me preguntaba cuándo nos veríamos otra vez- Tico infló su pecho de plumas coloridas, como si llevara consigo algún secreto revelador- Debo decirte que he reunido información interesante.

Peter sonrió y cruzó los brazos, listo para escuchar las historias de Tico. Sabía que el tucán tenía un don especial para los chismes, pero también una sabiduría oculta que siempre lograba transmitir en cada una de sus anécdotas.
-Cuéntame, Tico, ¿qué tienes para mí hoy?- preguntó Peter, divertido.

Tico se acomodó en la rama, adoptando un tono más serio.

-Mira, Peter, esta isla ha recibido a muchos visitantes a lo largo de los años. Gente que venía buscando fama, éxito, reconocimiento...- empezó, bajando la voz para darle un toque de misterio- Pero la mayoría, amigo, se perdía en sus propios deseos, tanto esfuerzo por ser vistos y admirados, y al final, olvidaban quiénes eran realmente. No eres el único que llegó aquí huyendo de algo.

Peter asintió, sintiendo que las palabras de Tico tocaban una fibra sensible. En su vida de publicista, había trabajado incansablemente para construir una imagen de éxito y perfección, convencido de que eso lo haría feliz. Pero allí, en la jungla de la Isla del Sentido Común, se daba cuenta de que mucho de lo que había perseguido era solo una fachada, una máscara que ocultaba sus inseguridades.

Tico lo miró, como si pudiera ver el conflicto interno que esas palabras generaban en Peter.
-En esta isla, Peter, nadie es una estrella. Aquí no hay seguidores ni aplausos. Solo estás tú, con tus verdades y tus miedos- le dijo el tucán en tono serio.

Peter suspiró, asimilando lo que Tico le decía. Reflexionó sobre sus años en la publicidad, donde siempre había estado buscando la validación externa, construyendo una imagen que impresionara a los demás, pero que pocas veces reflejaba su verdadera esencia.
-Tico, tienes razón, he sido esclavo de mi propia imagen- admitió Peter, con una sonrisa melancólica- Me esforzaba por gustarle a los demás, por construir algo que al final ni siquiera era yo. Pero ya no quiero vivir así.

Tico asintió, como si ya supiera que Peter llegaría a esa conclusión.

-La libertad comienza cuando te liberas de las expectativas, tanto las tuyas como las de los demás- dijo el tucán, con una sabiduría que lo hacía parecer mucho más antiguo de lo que su colorido plumaje sugería.

Peter lo miró agradecido por su honestidad. Tico tenía razón: Había sido prisionero de sus propias expectativas y de las de los demás. Había pasado años creando una imagen que pensaba que los otros admirarían, pero en el proceso había perdido de vista quién era realmente y qué lo hacía feliz. En un arranque de confianza, Peter compartió con Tico algunas de sus inquietudes más profundas.
- Sabes, Tico, en mi mundo todo es sobre la imagen. Las redes sociales, las publicidades, el marketing personal… todo se trata de mostrar una versión ideal de nosotros mismos. Pasé tanto tiempo construyendo la mía que olvidé cómo ser yo mismo- confesó Peter- Es como vivir en una ilusión constante.

Tico, con sus ojos inteligentes y brillantes, lo escuchaba con atención. Al cabo de unos segundos, dejó escapar un leve suspiro.
-¡Ay, amigo! Las redes, esas plataformas de vanidad... Son el mayor truco de todos los tiempos. ¿Sabes cuántos pájaros se han perdido en sus propias redes?- Tico rió con un sonido curioso y burlón- Quieren ser vistos, admirados, y al final, terminan en una jaula que ellos mismos construyeron. Creen que están volando alto, pero en realidad son prisioneros de lo que otros piensan.

Peter sintió un escalofrío al escuchar esas palabras. Tico tenía razón: Había estado viviendo en una jauta invisible, atrapado por la necesidad de ser admirado, de ser "perfecto". Cada post, cada campaña, cada imagen cuidadosamente elaborada había sido una cadena más en esa jaula, hasta el punto de que ya no recordaba quién era realmente.
-Es irónico, ¿no?- dijo Peter, con una risa amarga- Tanto esfuerzo por ser "auténticos", y terminamos atrapados en una imagen que no tiene nada que ver con la verdad.

Tico asintió, con una expresión comprensiva.

-Peter, la gente no busca autenticidad, sino validación. Y ahí está el problema. Porque cuando buscas validación, pierdes de vista lo que realmente importa: quién eres tú, sin importar lo que los demás piensen.

Tico continuó hablando, en su estilo característico, mezclando chismes con lecciones profundas.
-¿Sabes? He visto a muchos venir aquí con el mismo miedo, el miedo a ser invisibles- dijo Tico- Vienen porque temen que nadie los vea, que su existencia no tenga relevancia. Y hacen cualquier cosa para ser notados, para sentir que importan. Pero ese miedo es como un agujero sin fondo, y cuanto más intentan

llenarlo, más se hunden.

Peter sintió que esas palabras llegaban a lo más profundo de su ser. Durante años, había trabajado sin descanso para ser visto, para destacarse en su campo. Había ganado premios, reconocimiento, y el respeto de sus colegas, pero al final, siempre sentía que faltaba algo, que no era suficiente.

-¿Y qué pasa cuando se dan cuenta de que no pueden llenar ese vacío?- preguntó Peter, con un tono serio.
-Bueno, algunos terminan rendidos, abandonando sus sueños. Otros, en cambio, aprenden a mirar hacia adentro. Porque el verdadero reconocimiento no viene de los aplausos, sino de la paz contigo mismo- respondió Tico, en un tono inesperadamente profundo- La verdadera libertad, Peter, es vivir sin preocuparte por si alguien te ve o no.

Peter observaba al tucán, fascinado por la claridad con la que hablaba. No podía evitar preguntarse si Tico alguna vez había experimentado ese mismo vacío, esa necesidad de ser admirado. Como si pudiera leer sus pensamientos, el tucán dejó escapar una sonrisa melancólica.
-¿Sabes, Peter? Yo también caí en esa trampa una vez- confesó Tico, bajando un poco la voz- Yo era... bueno, una especie de celebridad aquí en la isla. Todos venían a mí por los mejores chismes, las historias más jugosas. Pero un día, me di cuenta de que nadie realmente me conocía. Todos sabían lo que decía, pero nadie sabía quién era en realidad.

Peter lo miró con sorpresa, dándose cuenta de que incluso el colorido y seguro tucán tenía sus propias batallas internas.
-¿Y qué hiciste?- preguntó Peter, intrigado.
-Aprendí a hablar menos y a escuchar más. A mirar más allá de las historias

superficiales, a buscar lo que realmente importaba- respondió Tico, con una mirada llena de significado- Ahora, cuando escucho los chismes, no me detengo en lo que cuentan, sino en lo que esconden. La gente siempre esconde algo, Peter, y normalmente es lo que más los define.

Peter dejó que las palabras de Tico resonaran en su mente, ¿cuánto de su vida había pasado intentando ser visto, cuando en realidad lo que más necesitaba era verse a sí mismo? Sentía que el tucán había desnudado una verdad que él había evitado durante años: que, a veces, el miedo a ser invisibles nos lleva a perder de vista quiénes somos en realidad.

Tico lo miró en silencio por un momento, y luego habló en un tono suave y casi paternal.
-Peter, la vida es un escenario, sí. Pero tú decides cuándo y para quién subes al escenario. Si solo buscas los aplausos, nunca sabrás quién eres cuando las luces se apagan.

Peter respiró profundamente, dejando que esas palabras lo llenaran de una paz inesperada. Había pasado toda su vida en el escenario, buscando la validación de los demás, pero ahora, en esta isla, comenzaba a entender que podía vivir sin esa carga. Podía encontrar su valor sin necesidad de aprobación externa. Con una última sonrisa, Tico extendió sus alas y se posó cerca de Peter.

-Recuerda, amigo, la isla no juzga. Aquí, todos llegamos desnudos de artificios. Tómate el tiempo que necesites para encontrarte, porque cuando regreses al mundo, querrás llevar contigo solo lo verdadero.

Peter asintió, agradecido. Por primera vez, sintió que estaba listo para aceptar la libertad de ser él mismo, sin pretensiones ni máscaras.

Tico lo observó una última vez, como si quisiera asegurarse de que Peter comprendía realmente la lección. Luego, con un graznido leve, se elevó en el aire, dejando a Peter solo en la jungla, acompañado solo por sus pensamientos y una paz nueva que lo llenaba desde adentro.

Peter entendió que este encuentro con Tico había sido uno de los momentos más reveladores de su vida. Había descubierto la libertad de ser invisible a los ojos del mundo, pero visible ante sí mismo, y en ese reconocimiento, había encontrado una paz que el éxito nunca le había dado.

Con una última mirada hacia el cielo, donde Tico desaparecía entre las ramas, Peter se sintió listo para continuar su camino en la isla, sabiendo que llevaba consigo una lección invaluable sobre la verdadera libertad y la autenticidad.

Capítulo 12

Los afiches del pasado

La jungla de la Isla del Sentido Común estaba particularmente tranquila ese día. Mientras Peter caminaba por un sendero bordeado de palmeras, algo peculiar capturó su atención. Las palmeras, que usualmente parecían simples observadoras del paisaje, estaban cubiertas con afiches. Peter se acercó a la primera y sintió un nudo en la garganta al reconocer el rostro de su abuelo, Pedro, un constructor italiano conocido por su creatividad sin límites. El afiche mostraba a Pedro dibujando planos sobre una mesa inmensa, rodeado de maquetas de catedrales y puentes. No era un poster estático, sino que su querido abuelo estaba "trabajando en vivo", como si el afiche fuese una mini cartelera "online".

- Abuelo... -gritó Peter, incrédulo.
-¡Peter!- dijo su abuelo Pedro con su característico acento italiano, como si siempre hubiera estado esperando esa visita -¡Finalmente estás aquí!

Peter retrocedió un paso, intentando comprender otra situación inesperada: Afiches que hablaban...

-¿Qué estás haciendo aquí? ¿Acaso esto es una ventana del Cielo?
Su abuelo soltó una carcajada y sacudió la cabeza.
-No, no exactamente. Estamos aquí porque tú nos trajiste. Tu mente nos convocó y ahora somos parte de tu aprendizaje.

Peter avanzó hacia otro afiche y vio a su abuela, Yeye, haciendo de las suyas en una cocina abarrotada de ollas humeantes y platos de pastas.
-Abuela... ¡Tus gnocchis siempre fueron los mejores!- dijo Peter con una sonrisa nostálgica.
-¡Grazie, mi querido flaco!- respondió la abuela- Pero no estoy aquí para cocinar, sino para recordarte que la felicidad se encuentra en las cosas sencillas,

como una buena comida compartida. Igual a la que les cocinaba todos los domingos, ¿te acordás?

Peter continuó avanzando y encontró a su madre Elisa, cuyo apodo era la Negrita, en otro afiche. Ella miraba a su alrededor, sentada en una reposera, muy tranquila, con una sonrisa de alivio.
-Mamá, ¿cómo estás aquí? Nunca pensé encontrarte ni encontrarlos en esta isla tan insólita…
-Peter, estoy disfrutando de no tener que ir a trabajar al hospital cada día. Finalmente puedo observar el mundo sin prisas- dijo, su voz llena de calma- Pero dime, hijo, ¿has aprendido a mirar lo que tienes en lugar de mirar lo que te falta?

Finalmente, llegó a un afiche de su papá, Cacho, un paraguayo ex militar, simpático como ninguno, sentado con una guitarra en las manos, tocando una guarania.
-Papá... ¡Siempre feliz con la guitarra y tu música!

Cacho levantó la vista y sonrió.
-La música es mi manera de ser libre, hijo. Siempre lo supe ¿Y tú? ¿Qué estás haciendo y qué te hace libre?

Peter se sentó en el suelo, rodeado por los rostros familiares. Y comenzó un diálogo desde lo más íntimo de su ser.
-Todos ustedes vivieron vidas sencillas, sin buscar destacar ni sobresalir. Al menos es lo que recuerdo. Cada quien haciendo lo suyo día a día y sin desear exhibirse ni hacerse notar, lo que en mi profesión se llama “Low Profile”, bajo perfil. Sin embargo, siempre pensé que el éxito estaba en los logros y el dinero. Pero ahora, luego de lo que siento y estoy aprendiendo en este extraño lugar,

dudo si eso conduce a la felicidad. Tengo un montón de lecciones que estoy tratando de asimilar en esta peculiar isla. Presiento que es algo asi como la Universidad de la Vida. ¿O me equivoco?

Su mamá, la Negrita, fue la primera en responder:
-Hijo, la felicidad no se mide en logros ni en dinero. La construyes cada día con lo que amas, con las personas que te rodean. ¿Acaso nunca notaste eso en casa, cuando vivíamos todos juntos?

Su abuelo Pedro asintió, añadiendo:
-El éxito es subjetivo, Peter. Para mí, fue construir cosas hermosas. Crear una fábrica enorme que desarrolló productos innovativos, adelantados a su tiempo. Para tu abuela, fue cocinar para su familia. Para Cacho, tu papá, fue su música. Mi sugerencia es que trates de encontrar tu propia versión del éxito.

Cacho tocó un acorde y dijo:
-La felicidad no está en lo que posees, sino en cómo vives. Toca tu propia melodía, Peter. Esa es la clave. Sé que te apasiona la música, quizás debes empezar a por ella.

Peter sintió un nudo en la garganta.
-¿Entonces creen que no estoy muy perdido?
La Negrita sonrió.
-No, hijo. Solo estás aprendiendo. Y eso ya es un gran paso, ya que no existe edad para dejar de aprender…

Con el corazón ligero y los ojos llenos de gratitud, Peter se despidió de los afiches, prometiendo llevar consigo sus enseñanzas. Mientras caminaba hacia la playa, las palabras de su familia resonaban en su mente: la felicidad se

construye a la medida de cada uno, con amor, pasión y sencillez.

Vaya, ¡qué lección de vida que tuve que aprender, una vez que no tuve a mi lado a quienes amaba! -pensó Peter.

Capítulo 13

El camino de regreso (¿O no?)

Peter Goatherd estaba sentado, meditando en la playa, observando el horizonte en silencio. ¿Cuándo había tenido tanto tiempo para detener su mundo y pensar acerca de todo esto?

Desde aquel día en que había llegado a la Isla del Sentido Común, su vida había cambiado de una forma que jamás imaginó posible. A lo largo de su estancia, había encontrado a los personajes más extraordinarios y había vivido situaciones que parecían sacadas de los sueños más disparatados de un creativo publicitario.

Ahora, la isla se veía tranquila y bañada por el sol de la tarde, como si también ella estuviera esperando una decisión importante.

A pocos metros de la orilla, una pequeña lancha se balanceaba suavemente en el agua, lista para llevarlo de regreso a la civilización. Sin embargo, Peter no estaba seguro de querer abordar esa lancha. Había encontrado una paz en la isla que jamás había experimentado antes, y la idea de regresar a su vida anterior lo llenaba de una mezcla de ansiedad y tristeza.

Mientras inmóvil, mirando el océano, comenzó a repasar cada uno de los momentos que había vivido en la isla y las lecciones que cada personaje le había dejado.

Peter respiró profundamente, llenando sus pulmones con el aire salado y tibio. La calma de la isla lo rodeaba como una manta cálida, invitándolo a dejarse llevar, a olvidar sus preocupaciones y a sumergirse en el momento presente. Sin embargo, su mente comenzaba a recordar, a conectar cada uno de los momentos y aprendizajes que había adquirido.

Recordó su primer día en la isla, cuando había llegado con su traje de ejecutivo y su maletín, aferrado a una imagen que él mismo sabía que no era real. Había creído que era un hombre de éxito, un ganador, pero en el fondo sabía que era un hombre agotado y vacío. La presión, la competitividad, la búsqueda incesante de reconocimiento... todo eso lo había llevado al borde de un abismo del que había sentido la necesidad de escapar.

Pensó en el cangrejo científico y en su teoría del desorden. Aquella conversación absurda y, al mismo tiempo, profundamente significativa, le había hecho ver que su vida había sido una constante lucha por controlar cada aspecto de su entorno. En su afán de crear orden, de lograr resultados predecibles, había perdido de vista el valor de la espontaneidad, de la creatividad auténtica.

También recordó al tucán Tico, el chismoso de la isla, que le había hablado de la superficialidad de las apariencias, de las redes sociales y de la imagen que intentaba proyectar. Tico le había mostrado que había vivido prisionero de la necesidad de agradar a los demás, de construir una imagen exitosa y perfecta que lo distanciaba cada vez más de su verdadero yo.

Fabiola, la hermosa y frágil lugareña que se desmayaba cada 50 palabras, le había enseñado una lección valiosa sobre el amor y la vulnerabilidad. En su compañía, Peter había experimentado una conexión genuina, algo que no había sentido en años. Le había mostrado que el amor no necesitaba palabras ni demostraciones espectaculares; bastaba con estar presente, con ser uno mismo.

Y luego estaba Lito, el curandero albino, quien lo había guiado en un proceso de sanación emocional que había removido todas las heridas y cargas del pasado. Gracias a Lito, Peter había encontrado el valor para enfrentar sus

arrepentimientos y soltar el dolor que había acumulado a lo largo de los años.

No fue para menos el encuentro con Teresa, la hamburguesa burguesa, que de una forma u otra le enseñó que el sentido común no era tan común como parecía. Y luego, un momento que lo conmovió fuertemente, fue cuando se reencontró con su familia -todos sus integrantes ya fallecidos- hablando y dándole consejos a través de afiche pegados en las palmeras. El mensaje fue claro: Busca tu propia medida de éxito… y encontrarás la felicidad.

Finalmente, recordó a Lucas, el piloto de la *Gravia*, cuya energía y pasión por la vida le habían recordado que la existencia debía vivirse con intensidad, que no había que dejar que los miedos y las dudas nos robaran la oportunidad de disfrutar cada momento. La Gravia había despertado en él una chispa de vitalidad, un deseo renovado de vivir plenamente y de reconectar con sus pasiones terrenales.

Mientras estaba sumido en estos pensamientos, Peter notó algo en el horizonte. La familiar silueta del Submarino Amarillo apareció una vez más, acercándose lentamente a la costa. Esta vez, sentía que algo especial estaba por suceder.
El submarino se detuvo a pocos metros de la orilla, y la escotilla se abrió. Desde dentro, aparecieron cuatro figuras que Peter reconoció de inmediato: John, Paul, George y Ringo, los Beatles en su forma espectral, quienes lo habían acompañado en momentos clave durante su estancia en la isla. Bajaron a la playa para conversar con Peter.

John Lennon fue el primero en hablar, con su característica sonrisa irónica.
-Parece que estás listo para dar el siguiente paso, Peter- dijo, cruzando los brazos- ¿Ya sabes qué vas a hacer?
Peter, aún sorprendido por la aparición, sonrió con nerviosismo.

-Creo que sí, John, he aprendido mucho aquí. He visto mis errores, mis miedos, y he entendido que he pasado demasiado tiempo buscando reconocimiento externo en lugar de aceptar quien realmente soy.

Paul asintió, con una expresión cálida y comprensiva.
-El éxito, Peter, no es solo lo que haces para los demás. Es lo que haces para ti mismo, para tu paz, para tu propia realización.

Ringo, con su tono siempre relajado, añadió:
-La vida es demasiado corta para vivirla siguiendo las expectativas de otros, amigo. Tienes que encontrar tu propia música, tu propio ritmo.

Peter asintió, entendiendo que ellos habían sido guías en su proceso de transformación. Los Beatles no solo habían sido figuras de su juventud; se habían convertido en mentores espirituales, en voces que lo habían guiado hacia la autenticidad.

George fue el último en hablar, con una voz suave y casi mística.
-Recuerda, Peter, que el amor y la paz son los caminos hacia la verdad. Si llevas esas dos cosas contigo, no importa adonde vayas; siempre estarás en el lugar correcto.

Con una última mirada cargada de significado, los Beatles regresaron al submarino. El Submarino Amarillo comenzó a alejarse lentamente, deslizándose en las aguas cristalinas hasta desaparecer en el horizonte. Peter los observó, sintiendo una gratitud inmensa hacia ellos y sabiendo que, aunque físicamente se iban, las lecciones que le habían dejado permanecerían en su corazón para siempre.

Peter respiró profundamente, mirando la lancha que lo esperaba en la orilla. Sabía que tenía una decisión importante que tomar. Podía quedarse en la isla, en la paz y la quietud que había encontrado aquí, o podía regresar a su vida anterior, con una perspectiva completamente renovada. Se dio cuenta de que el verdadero cambio no dependía de dónde estuviera físicamente, sino de cómo viviera su vida.

Ahora entendía que, sin importar dónde fuera, tenía el poder de llevar consigo todas las lecciones aprendidas. No necesitaba huir ni esconderse en una isla; podía enfrentarse al mundo con una nueva claridad y un sentido de propósito auténtico.

Peter se acercó a la lancha, sintiendo que cada paso era una afirmación de su nuevo camino. Subió a bordo y, con una última mirada a la Isla del Sentido Común, se despidió silenciosamente. Sabía que no regresaría, pero la isla, sus habitantes y todo lo que había aprendido seguirían siendo parte de él, hasta su último suspiro.

Mientras la lancha se alejaba, Peter cerró los ojos, sintiendo una paz profunda y duradera. Había encontrado lo que tanto buscaba: A sí mismo, su voz auténtica y la posibilidad de desarrollar desde ahora, una vida plena de sentido y verdadero compromiso.

Capítulo 14

El otro final

Esperaron que la lancha que transportaba a Peter se alejara lo suficiente para darle un obsequio que jamás olvidaría. Habían preparado todo en secreto. Cada habitante de la isla tenía una función... en la Orquesta de la Isla del Sentido Común.

Fue Tico, quien portando una batuta en su ala derecha y subido en una pequeña roca para que el resto de los personajes lo vieran, hizo un movimiento sinuoso y comenzaron a tocar esta canción de despedida, especialmente practicada para la partida de Peter...

Amor, amor, amor
Love, love, love...

Amor, amor, amor
Love, love, love...

Amor, amor, amor
Love, love, love...

(Amor) no hay nada que puedas hacer, que no pueda hacerse
(Love) there's nothing you can do that can't be done

(Amor) nada que puedas cantar que ya no fue cantado
(Love) nothing you can sing that can't be sung

(Amor) no hay nada que puedas decir, pero puedes aprender
(Love) nothing you can say, but you can learn

A jugar el juego
How the play the game

Es fácil
It's easy

(Amor) no hay nada que puedas construir, que ya no se haya construido
(Love) there's nothing you can make that can't be made

(Amor) nadie a quien puedas salvar que no fue salvado
(Love) no one you can save that can't be saved

No hay nada que puedas hacer, pero puedes aprender
(Love) nothing you can do, but you can learn

A estar al día
How to be you in time

Es fácil
It's easy

Todo lo que necesitas es amor
All you need is love

Todo lo que necesitas es amor
All you need is love

Todo lo que necesitas es amor, amor
All you need is love, love

El amor es todo lo que necesitas
Love is all you need

(Amor) no hay nada que puedas saber, que aún no se sepa
(Love) there's nothing you can know that isn't known

(Amor) nada que puedas ver que aún no se haya mostrado
(Love) nothing you can see that isn't shown

(Amor) no hay lugar que puedas estar
(Love) nowhere you can be

Que no sea donde deberías estar
That isn't where you're meant to be

Es fácil
It's easy

Todo lo que necesitas es amor
All you need is love

Todo lo que necesitas es amor
All you need is love

Todo lo que necesitas es amor, amor
All you need is love, love

El amor es todo lo que necesitas
Love is all you need

Capítulo 15

10 lecciones para ayudar a quienes -sin ser creativos publicitarios- sienten que están a la deriva

1. Acepta tu vulnerabilidad:
La verdadera transformación comienza cuando nos permitimos ser vulnerables. Reconocer nuestros miedos, inseguridades y errores, abre la puerta a un cambio profundo y duradero.

2. Liberate de la validación externa:
Vivir buscando la aprobación de los demás nos mantiene atrapados en una versión superficial de nosotros mismos. La paz interior y la autenticidad vienen cuando dejamos de depender de la validación externa y nos aceptamos tal como somos.

3. Reconecta con tu propósito:
Es fácil perderse en las exigencias diarias y en la búsqueda de éxito. Sin embargo, preguntarnos *"¿por qué hago esto?"* y recordar nuestras motivaciones iniciales nos ayuda a redescubrir el propósito que nos da sentido y dirección.

4. Busca equilibrio entre mente y cuerpo:
No solo somos mente y razón; también somos cuerpo, emociones y deseos. El equilibrio entre ambos nos ayuda a experimentar la vida plenamente y a disfrutar tanto de nuestras metas como de los pequeños placeres del día a día.

5. Date permiso para amar sin reservas:
El amor es una fuerza que nos hace humanos y nos conecta con los demás. No temamos expresarlo o vivirlo intensamente, ya que al final, son esas relaciones las que más enriquecen nuestras vidas.

6. Acepta los errores como parte del aprendizaje:
Nuestros fracasos y arrepentimientos no deben ser una carga, sino un

aprendizaje. Cada error nos muestra algo sobre nosotros mismos y nos da la oportunidad de crecer.

7. Vive el presente:
La vida es breve, y vivir atados al pasado o preocupados por el futuro nos aleja de disfrutar el presente. Aprovechemos cada momento y busquemos significado en el ahora.

8. Cultiva el silencio y la reflexión:
La introspección y el silencio nos permiten escuchar nuestras verdaderas necesidades y deseos. En el bullicio de la vida moderna, dedicar tiempo a la reflexión nos ayuda a encontrar claridad.

9. Reconoce que el éxito no lo es todo:
El éxito profesional o material no define nuestro valor ni garantiza la felicidad. Las experiencias, los afectos y los momentos que compartimos con los demás son los verdaderos indicadores de una vida plena.

10. Trata de mantener la chispa de la pasión viva:
La pasión, en cualquier aspecto de nuestra vida, es lo que nos da energía para avanzar. Nunca olvidemos aquello que enciende nuestro espíritu, ya sea un hobby, una relación o un propósito mayor.

Epílogo

¿Por qué escribí este libro?

O bien...

Mi encuentro con la posibilidad de morir

Soy hipertenso y tengo el corazón dilatado. Lo sé desde hace muchos años.

Mis padres y abuelos fallecieron de ataques cardíacos súbitos, sin aviso, sin que les dé la posibilidad de despedirse de sus seres queridos, inclusive de quien está ahora escribiendo.

Días atrás, me despertó una opresión inusual en el pecho a las cuatro de la madrugada de un día de semana.

Me senté en la cama, comencé a respirar profundamente y serenarme, para enfrentar la posibilidad de un ataque repentino. Traté de encontrar algún otro síntoma (por ejemplo, rigidez de quijada o adormecimiento del brazo izquierdo), pero por suerte no ocurrió nada.

En silencio me levanté y poniéndome *"algo más decente"*, pedí un taxi y fui hasta la clínica privada más cercana para hacerme un chequeo inmediato de la situación, ya que la opresión en mi pecho persistía.

Recostado en la camilla, y mientras pensaba en la posibilidad de *"partir al más allá sin previo aviso a mi gente"*, ya que no desperté a mi esposa ni avisé a mis hijos, hice un breve recuento de mi vida. Las cosas lindas y feas que me han pasado. La gente linda y mala que conocí. La gente que amé y a quienes secretamente odio (porque se lo merecen), y me di cuenta que apenas recordé *"lo laboral"*... los premios, éxitos, reconocimientos, buenos sueldos e infinidad de viajes. Nada de eso pasó por mi mente y pensé que quizás mi existencia -hasta el momento- había sido lo más parecido a un disfraz prestado de tipo exitoso e inteligente. A una tremenda mentira…

Al analizar esta situación y con el techo blanco del consultorio de emergencia

como pizarra mental, no pude anotar nada de lo cual me pudiese sentir 100 por ciento satisfecho en temas profesionales, es decir, trabajo. Sé que al leer esto, numerosas amistades y colegas pensarán que soy un desagradecido con mi carrera en el campo de la publicidad, marketing y disertaciones. Seguramente muchos de ellos desearían disfrutar el 10 por ciento de lo que logré y saltarían de alegría durante un mes. Pues yo no.

Saber que podía morirme anónimamente -porque para la clínica solo era un número del seguro médico privado- me puso a pensar que era muy posible que me creyera un experto navegante en el mar de la vida, y ciertamente, entendí que apenas llegaba a grumete.

Por suerte, la opresión del pecho resultó una falsa alarma, fue una luz amarilla en el semáforo del stress, indicándome que le baje un par de cambios a la velocidad diaria de mi mente.

Así como me fui silenciosamente hasta la clínica, regresé de la misma forma a mi casa. Luego, me metí en la cama. Recé un Padrenuestro y un Ave María, agradeciéndoles darme más tiempo de vida, ¿cuánta? ¿acaso importa? Y si lo supiera, ¿qué haría diferente?

Por esa razón este libro lo escribí en una semana. El mismo tiempo que a Dios le tomó crear el mundo. Y a mí, empezar a reconstruir el mío.

Pedro Cabrera
Noviembre de 2024
consultaleapedro@gmail.com

Pedro Cabrera es un Consultor Senior de Marketing y Comunicación, cuyo hobby es escribir libros de diferente temática, desde relatos y poemas de amor, hasta manuales de Atención de Clientes, Ventas, Marketing, Redacción Creativa, etc. En esta ocasión nos sorprende con un relato de carácter testimonial, acerca de un creativo publicitario cansado de su vida y profesión, el cual escapa a una isla surrealista en medio de la nada...